

Esta obra, escrita en París en 1926, en vísperas de estrenar allá *Les Créateurs* en el Teatro Michel, entraña una reacción nacionalista en momentos en que proponía volverme autor francés...

Revisada y publicada luego en Barranquilla tres años más tarde, hallé que el asunto era quizá demasiado escabroso en sentido clerical para que pudiese subir a las tablas fácilmente en Colombia. Por ello anoté en la primera edición; "Estrenable en el teatro nacional de Tartuja dentro de cincuenta años".

Empero, al poco tiempo recibí la grata noticia de que un grupo de aficionados que encabezaban don Emilio Marín Naranjo y sus hermanos, la había puesto en escena en el pueblecito de Salento, Caldas, y la había repetido con teatro lleno a beneficio de la iglesia, con asistencia y beneplácito del párroco.

Posteriormente la imprimió Daniel Samper Ortega por segunda vez en su selección de autores colombianos, y fue incluida en los programas oficiales de literatura nacional.

Revisándola ahora para incorporarla en tercera edición al volumen quinto de mis obras completas de teatro, hallo que en muchas partes prevalece el estilo literario sobre la acción escénica, y que convendría sintetizar varios parlamentos y algunas escenas. He resuelto sin embargo dejar esa tarea a quien aspire a montar la comedia de nuevo algún día, y reeditarla por lo pronto tal como fue concebida y sentida en un principio.

EL ILUMINADO

DE

LUIS ENRIQUE OSORIO

Drama en cuatro actos, estrenado en 1930 en la aldea de Salento, Caldas, por un grupo de aficionados, bajo la dirección de Emilio Marín Naranjo y a beneficio del templo parroquial. La escena tiene lugar en la República Soberana de Tartuja, antigua colonia española del Nuevo Mundo, a principios de nuestro siglo,

PERSONAJES

ACTO I Y II

El tío Celestín	Presbítero . – Rubén Ocampo
Marcial	Enrique Tabares
El General Pantoja	Alfonso Marín Naranjo
El Flaco	Teódulo Ocampo
Porras	Roberto Agudelo
Luz	Inés Alvarez
Clara	Blanca Ocampo de Arias
Doña Cruz	Aura Marín Naranjo
El Locuaz, El Exaltado, El Silencioso, El Tímido	

ACTO III

El Arzobispo	José Manuel Toro Echeverry
El General Paz	de Gobierno
El General Rico	de Hacienda
El General Cortés	de Relaciones
El General Sabio	de Instrucción
El General Guerra	Ministro de Guerra
El Secretario, Luz, Marcial, El General Pantoja	

ACTO IV

Melo Frascuelo, Corchuelo, Mochuelo, El Oficial
El General Paz, El General Pantoja, El Secretario, Luz, Marcial

ACTO PRIMERO

La dirección de "El Imparcial", una de esas oficinas improvisadas con muebles domésticos, en los que se revela cierta tradición. Artesanado en forma de tórax, como el de tantos viejos caserones de Tartuja. Un balcón a la derecha del espectador y puertas al foro y a la izquierda. Anaqueles llenos de libros; tres sillas; el escritorio del director en un ángulo, con un busto de Voltaire sobre la mesa. En sitio de preferencia, el óleo de un patrício que frunce el ceño. Al levantarse el telón, MARCIAL escribe con gesto febril. Es un hombre inteligente, audaz si se quiere, pero lleno de serenidad. Se halla aun entre la juventud y la edad madura.

PORRAS abre cautelosamente la puerta de la izquierda. Es este un cuarentón bien definido... más de lo que él quisiera; la barba se le pega en anillos sobre la quijada; la nariz es rojiza y un pie no muy sano.

MARCIAL. – ¿Qué hay?

PORRAS. – Los cajistas están sin material, doctor.

MARCIAL. – ¿Ya levantaron todas las protestas?

PORRAS. – Sí, doctor.

MARCIAL. – ¿El artículo sobre instrucción laica?

PORRAS. – También, doctor... Y una crónica que escribí al correr de la pluma. para llenar.

MARCIAL. – ¿Sobre qué?

PORRAS. – (**Entusiasmándose**). Trato de refrescar el recuerdo de algunas irregularidades del partido tradicional, que yo mismo tuve ocasión de presenciar en el año de mil ochocientos noventa Y (**su memoria busca arduamente la cifra final**).

MARCIAL. – Pierde usted la memoria... Así no hará carrera política en Tartuja. No tendrá de qué acusar a sus enemigos.

PORRAS. – (**Triunfante**). ¡Noventa Y cuatro!

MARCIAL. – Bien, bien... Baje usted estas cuartillas.

PORRAS. – ¿El editorial?

MARCIAL. – Sí.

PORRAS. – ¿Continúa el doctor atacando la unión de la Iglesia Y el Estado?

MARCIAL. – No. Vuelvo a la campaña en favor del divorcio... Todavía falta algo. Pero pueden ir levantando esas páginas mientras termino.

PORRAS. – Bien, doctor.

MARCIAL. – Aguarde usted. Démelas acá. Esta página es delicada: que la levante El Flaco.

PORRAS. – No ha llegado todavía.

MARCIAL. – ¡No ha llegado!

PORRAS. – Anoche le vieron dando traspies, entre dos agentes de policía.

MARCIAL. – Como de costumbre. ¡Lástima del mozo!

PORRAS. – Y si no viene, se atrasará el número.

MARCIAL. – Que se atrasé no me extraña.

PORRAS. – Voy, pues, a distribuir los originales. (**Golpean a la izquierda. PORRAS entreabre la puerta cautelosamente y asoma la nariz**).

UNA VOZ. – ¿Está el Director?

PORRAS. – ¿Quién lo necesita?

LA VOZ. – Venimos de parte del Comité de Propaganda Electoral del Partido Progresista con el objeto de...

MARCIAL. – Pasen ustedes.

PORRAS. – (*Abriendo la puerta con humos de hospitalidad*). ¡Que pasen!

(*Entran cuatro individuos de pobre indumentaria, locuaz el uno, exaltado el otro, silencioso el tercero y tímido el último*).

MARCIAL. – (*En pie, amablemente*). ¡Adelante!

EL LOCUAZ. – (*Avanza resueltamente y estrecha la mano del director*). Rómulo Jelipe de loj Llano y de Santacoloma, pa–ra servir a ujté.

MARCIAL. – Muchas gracias. (*Estrecha la mano de todos, y cada cual lo hace de acuerdo con su carácter*). Siéntense ustedes, señores.

(*Los comisionados buscan sillas a un lado y otro. Los tres primeros echan mano de las que hay. El tímido permanece inmóvil, casi ruborizado*).

MARCIAL. – Otra silla, Porras.

EL TIMIDO. – No se moleste usted por mí.

(*Porras trae una silla vieja y confortable, en cuyo cojín viejo se hallan bien marcados los huesos de sus posaderas. Entre él y la silla hay una cierta analogía*).

PORRAS. – (*Al Tímido*). Será la mía. No se eche usted mucho para atrás porque el espaldar está flojo.

EL TIMIDO. – Gracias... Un millón de gracias... (*Mira el cojín con cierto respeto y se sienta*).

(*Porras observa la silla para cerciorarse de que no hay novedad, y se va renqueando*).

MARCIAL. – Estoy a las órdenes de ustedes.

EL LOCUAZ. – Venimo dojtó de parte del comité de propaganda electoral del partido progresista a sentá la maj enérgica protesta contra loj atentado de que han sido víctima loj oradore de la causa en laj diferente poblacione de la cir. – cunscripció... (*Un segundo para tomar aliento*)... onde laj autoridades eclesiástica, de común acuerdo con la civil, no han omitido medio para entorpece la libertado pública que...

EL EXALTADO. – No es solo entorpecer, doctor. Es atacar en forma descarada, es...

EL LOCUAZ. – A eso voy, justamente.

EL EXALTADO. – No basta decir...

MARCIAL. – Concretemos: ¡Los hechos!

EL LOCUAZ. – Aquí tiene uté u memorial con trecienta firma de loj vecino dé Santa Librada... Onde ej presbítero sotiene quel candidato de lo tradicionales e un enviado del cielo. Y que si faltan votoj humano para hacerlo triunfa, los ángele vendran a llená laj urna de papeleta.

MARCIAL. – No dejarán de hacerle honor al sufragio.

EL EXALTADO. – En San Torcuato, doctor, el párroco envió la muchedumbre a apedrear a nuestro conferencista, a quien atribuía el cargo de enviado de Sataná...

MARCIAL. – ¿Alguno de ustedes?

EL TIMIDO. –Su servidor, doctor.

EL EXALTADO. – He escrito al efecto un artículo. (**Se lo entrega**).

MARCIAL. – (*Después de leer rápidamente*). ¡Porras!

(**Entra PORRAS**).

PORRAS. – ¿Doctor?

MARCIAL. – Lleve usted a las cajas... ¡Para hoy mismo!... Con una nota que le daré luego.

PORRAS. – Está bien, doctor... (*Observa el espaldar de la silla para convencerse de que no ha habido novedad, y se va leyendo*).

EL EXALTADO. – ¡Que no vayan a cambiarle una coma, doctor!

MARCIAL. – Muy bien.

EL LOCUAZ(. – (**Al SILENCIOSO**). Ahora uté.

EL SILENCIOSO. – (*Con suma turbación*)...M...mm . .MMM m... MM...

MARCIAL(. – (**Al Silencioso**). ¿Usted es también orador de la causa?

EL EXALTADO. – No, doctor. Telegrafista de San Pascual.

EL LOCUAZ. – Y padre de familia... Le han dejado sin empleo porque no va a misa.

EL EXALTADO. – El le ha dirigido al efecto una carta.

EL LOCUAZ. – Désela uté.

EL SILENCIOSO. – *(Busca torpemente en sus bolsillos y entrega a MARCIAL un sobre arrugado).*

(Aparece a la izquierda EL GENERAL PANTOJA, un hombrecillo de ojos brincones, mostachos tigrunos y gran bastón de guayacán en la mano derecha).

PANTOJA. – ¿Gente de Paz?

MARCIAL. – ¡Adelante, mi general!

PANTOJA. – ¡Caballeros!

(Los de la comisión se ponen en pie, y cada cual le ofrece su silla).

EL LOCUAZ. – Hágame el favor, mi general.

EL EXALTADO. – Dígnese usted, mi general.

EL TIMIDO. – Aquí queda usted mejor, mi general.

PANTOJA. – *(Aceptando la silla del Tímido).* ¡Esta! ¡La del Color de mi bandera! *(La recarga contra la pared, examina su consistencia, echa mano de un periódico y se sienta)....* ¿Protestas aun?

EL LOCUAZ. – Sí mi genera. Venimo de parte del comité e propaganda electoral del partido progresista a sentá la maj enérgica protesta contra loj atentado de que han sido víctima....

PANTOJA. – Shhhh... Conozco el discurso... *(Se engolfa en la lectura).*

EL EXALTADO. – No le quitamos a usted más tiempo.

(La comisión se pone en pie).

MARCIAL. – Siempre a las órdenes de ustedes

LA COMISION EN BLOQUE. – ¡Mi genera!!

PANTOJA. – Que revuelvan ustedes al mundo, muchachos.

(Los tres primeros de la comisión salen por la Izquierda. El Tímido queda mañosamente a retaguardia).

EL TIMIDO. – ...Doctor?...

MARCIAL. – Es verdad. ¡Faltaba lo suyo!

EL TIMIDO. –.... Es algo reservado...

MARCIAL. – Oídos sordos, mi general.

PANTOJA. – Descuide usted, que estoy muy divertido con El Radical. Hoy le ponen a usted de oro y azul.

MARCIAL. – Como todos los días.

PANTOJA. – Dicen que usted se ha vendido a los tradicionales. Que nada entre dos aguas.

MARCIAL. – O entre dos dogmas... porque aquí cada cual pretende poseer la verdad absoluta.

PANTOJA. – Eso prueba que usted ha escogido el peor camino: el de la imparcialidad.

MARCIAL. – (Al *tímido*). ¿De qué se trata?

EL TIMIDO, . –.... En fin... esto ya no es asunto de la comisión.

MARCIAL. – Siéntese usted.

EL TIMIDO. – Gracias, doctor... No es necesario... Quería apenas pedirle el favor... (**Se lleva al bolsillo la mano temblorosa**).

MARCIAL. – ¿Memorial, carta o artículo?

EL TIMIDO. –....No, doctor... Unos versos... (Aparece la cuartilla impoluta).

MARCIAL. – (**Sonriente, recibiéndola**). Veamos...

(El general esconde una sonrisa tras el papel, y aun tras de los mostachos. Mientras MARCIAL lee, el público debe notar la respiración fatigosa del poeta).

EL TIMIDO. – Si el doctor halla que merecen publicarse en El Imparcial...

MARCIAL. – ¿Son los primeros que usted va a dar a luz pública?

EL TIMIDO. – Sí, doctor.

MARCIAL. – ¡Porras!

(Entra PORRAS asustado por el grito).

PORRAS. – ¿Doctor?

MARCIAL. – ¿Ya está completo el número?

PORRAS. – Sobra material... Mi artículo quedó más largo de lo que espere, porque tuve que añadirle un dato que...

MARCIAL. – Estos versos para hoy... y deje su artículo para otro día.

PORRAS. – (*Recibe la cuartilla mirando de soslayo al Tímido, como a un entrometido*)... Está bien... (*Toma una silla y se acerca al General*)... Usted perdone, General.

PANTOJA. – (*Alarmado*). ¿Qué pasa?

PORRAS. – Es algo que no depende de mí. Cuando no trabajo en mi propia silla, las pruebas me quedan mal corregidas.

PANTOJA. – ¡No faltaba más! (*Hace entrega solemne de la silla*).

PORRAS se retira con su silla y la ajena cuartilla, y dirige al Tímido una última mirada recelosa.

EL TIMIDO. – Gracias, doctor, gracias. Entonces... para las pruebas...

MARCIAL. – Venga usted cuando guste Y tráigame más versos. Entre los cuatro de la comisión usted es el más revolucionario .

PANTOJA. – Esta vez tumbarán ustedes al gobierno,

MARCIAL. – No le haga usted caso a ese viejo zorro. El metal de un verso puede a veces más que el de una espada.

EL TIMIDO. – (*Saliendo por la izquierda*). Muchas gracias doctor, gracias, General! Muchas gracias, (*Es el día más feliz de su vida*).

(*Mutis del Tímido*).

PANTOJA. – Así se hace política en nuestros días.

MARCIAL. – El mundo nunca será de los valientes, mi general. La fuerza nada estable funda.

PANTOJA. No se haga usted ilusiones. Nuestro país está en pañales.

MARCIAL. Por lo mismo: el árbol se endereza desde pequeño.

PANTOJA. – Sí. Amarrándolo a una bayoneta.

MARCIAL No lo crea usted. Para educar a un pueblo hay que atacar sus males en la raíz; hablarle al corazón, a la inteligencia.

PANTOJA. – Se empeña usted en ir contra la corriente.

MARCIAL. – ¡Es claro! Porque aspiro a subir, no a bajar.

PANTOJA. – Lo sé. Y reconozco que, entre las nuevas generaciones, usted es la única promesa. Usted irá muy alto. Aquí hay aplomo, decisión, valor civil, patriotismo. Pero eso no basta, no basta, no basta... Algun día se cansará usted de hablar en vano y deseará fundar máquinas y tipos para nacer balas. Entonces me dirá: ¡General, usted es mi brazo derecho.... ¡Entonces si! ¡Entonces si!

(PORRAS asoma la nariz. En su semblante se adivina la pena moral. El Tímido lo ha intimidado, y quizá presente al poeta como rival posible en la redacción de "El Imparcial").

PORRAS. – ¿Doctor?

MARCIAL. – ¿Qué hay?

PORRAS. – Ya llegó El Flaco.

MARCIAL. – Que suba.

PORRAS. – ...Los versos no se podrán dejar para mañana?

MARCIAL, . – No.

(Mutis de PORRAS. Pocos segundos después golpean a la puerta).

MARCIAL. – ¡Adelante!

(Entra EL FLACO, un obrero muy flaco en verdad, pálido, mal trajeado, temeroso y vacilante).

EL FLACO. – ¿Mi doctor?

MARCIAL. – (**Muy sereno**). ¿A qué hora se abren los talleres?

EL FLACO. – A las ocho, mi doctor,

MARCIAL. – ¿Qué hora es?

EL FLACO. – (**Cabizbajo**). Las once, mi doctor.

MARCEL. – ¡Y tres cuartos... La hora a que llega usted casi todos los días... cuando viene.

EL FLACO. – (*Resignado*). Si, mi doctor.

MARCEL. – Vive usted en apuros. Si no le hago anticipos, a la huelga. Y si se los hago...

EL FLACO. – Sale uno con la intención de no pasar de una copa y... (*Ríe nasalmente*).

MARCEL. – Y en tanto la pobre mujer...

EL FLACO. – Por eso no hay cuidao, mi doctor,. Ella de un modo u otro está siempre lo mismo.

MARCEL. – ¿Lo mismo?... ¿Cómo?

EL FLACO. – (*Riendo con más gana*). Embarazada, mi doctor.

PANTOJA. – (*Sin alzar la vista*).... ¡Ya es un consuelo! ¡El porvenir ante todo!

MARCEL. – (*Sonriendo con la más compasiva tolerancia*). ¿Qué haré yo para que usted tenga un plan en la vida y la tome en serio?

EL FLACO. – *Lleva esta vez la risa al grado máximo: ríe hacia fuera con gorgoritos y hacia dentro imitando al asno*.

PANTOJA. – (*Baja el periódico, intrigado por tal manera de reír. Al mirar al Flaco se sorprende y se pone en pie de un salto*). ¡Demonios!

EL FLACO. – (*En posición firme y haciendo saludo militar*). ¡Mi genera!!

PANTOJA. – ¡Caramba! ¿Dónde te he visto yo?

EL FLACO. – (*Riendo aun*). ¿Ya no se acuerda, mi general?

PANTOJA. – Precisamente no... Pero tu cara... Y tu desfachatez...

EL FLACO. – (*Como quien dice algo graciosísimo*). El cabo Pinillos.

PANTOJA. – ¡Ya! ¡El cabo Pinillos! ¡Por supuesto! (*Le golpea la espalda*). ¡A discreción, muchacho!

EL FLACO. – (*A discreción*). Gracias, mi general.

PANTOJA. – (*A Marcial*). ¿Este es el hombre que usted hace entrar aquí con la cabeza baja? ¡Un valiente! Cuando desarmé a garrote la guardia de San Canuto,

él iba adelante, y de cada guayabazo echaba a tierra un tradicional.

EL FLACO. – ¿Se acuerda, mi general?

PANTOJA. – ¡El cabo Pinillos! ¡El terror de los azules! Entonces no te tiraban las orejas porque te tomaras dos copas más que de ordinario... Si hubiéramos ganado esa guerrita...

MARCIAL. – Despáchelo usted pronto, General, porque se atrasa el número.

PANTOJA. – ¿Y qué importa? Por eso no hemos de perder también la del desquite... Mientras haya hombres como este... El primer cura que cayó en mis manos me lo trajo el cabo Pinillos.

EL FLACO. – ¿Se acuerda mi general?

PANTOJA. – ¡Que si me acuerdo! El que decía que los progresistas echábamos chispas.

EL FLACO. – (**A MARCIAL**). Mi general pa probarle lo contrario le envolvió la sotana en triquitraques y le arrimó un fósforo.

PANTOJA. – (**Con grandes carcajadas**). ¡Había que verlo?

PORRAS. – (**Asoma la cabeza, interesado y sonriente, y avanza poco a poco**).

EL FLACO. – Si no tira los hábitos se cuece el bienaventurao.

PANTOJA. – ¿Cual de los dos es el que echa chispas? Le preguntaba yo.
(**Grandes carcajadas de todos, menos de MARCIAL. Súbito hay algo que trunca la hilaridad de un golpe; aparece a la izquierda DOÑA CRUZ, devocionario en mano, seguida de una sotana: la del tío CELESTIN**).

(*Ella viste la mantilla negra de Tartuja, bien cobijada sobre la cabeza y los hombros. Su luto riguroso sería mucho a caracterizarla; habla de viudez, de austeridad, de misticismo. Pero quien sepa ahonda,, hallará aun más carácter en la blancura de las manos y el rostro: unas manos que sujetan el devocionario con cierta tenacidad, como si fuese la última ilusión; una fisonomía que hace adivinar las canas inmaculadas, y cuya sonrisa puede menos que la pena recóndita, que tiembla en los ojos marchitos.*)

(*El cura es un personaje diáfano, modelado más en la austeridad y sentimientos del hogar cristiano que en las disciplinas del seminario. Su sonrisa es la misma de Doña Cruz; la sonrisa del hermano menor, sin pena recóndita en los ojos. El amor de Dios pasa por él como un agua clara, sobre el césped de su humildad, sin borrar, eso sí, el amor al tresillo, al veraneo, al chocolate de las tertulias íntimas y al cigarrillo de envolver... Dios ante todo, luego el prójimo... y el cigarrillo*).

MARCEL. –Buenos días mamá... (***La besa en la frente con suma ternura***).
Buenos días, tío Celestín... A las cajas, Flaco, a ganar el tiempo perdido. Allá le envié una cuartilla que es de cuidado.

EL FLACO. – (***Cohibido***). Sí, mí doctor.

MARCEL. – (***A PORRAS***). ¿Qué desea usted?

PORRAS. – ¿Ya terminó el editorial, doctor?

MARCEL. – Todavía no. (***Se sienta a la mesa y trata de escribir***).

(Mutis ***de PORRAS***).

DOÑA CRUZ. – El general siempre de buen humor.

PANTOJA. – Sí, doña Cruz: como buen hereje.

DOÑA CRUZ. – (***Sonríe dulcemente, moviendo la cabeza en señal de desaprobación***).

CELESTÍN. – Pero yo te voy a poner de mal humor, generalote. ¿Dónde están las cartas?

PANTOJA. – (***Sacándolas del bolsillo***). ¡Aquí!

CELESTÍN. – Hoy te ganaré la batalla. (***Le ofrece un cigarrillo***).

PANTOJA. – (***Aceptándolo***). Falta verlo, Su Santidad.

CELESTÍN. – Te voy a echar el diablo del cuerpo.

PANTOJA. – Si se duermen mis pelotones.

DOÑA CRUZ. – ¿Siempre la milicia?

CELESTÍN. – Pantoja no la olvida ni en el tute. El ha bautizado todas las cartas a su manera, dos jerarquías eclesiásticas: los bastos y los oros; y dos jerarquías militares: las espadas y las copas... El rey de bastos es el Arzobispo, el de espadas el Jefe único...

DOÑA CRUZ. – ¿Y el de copas?... ¿Su autorretrato?

PANTOJA. – Sus días hace que no, doña Cruz; pero si usted me incita...

DOÑA CRUZ. – ¡No faltaba más!

CELESTÍN. – Todos los días comulgo a mi hombre con el as de oros, quiera que

no... Y con esa brisca te he de mandar al otro mundo.

PANTOJA. – Si me haces trampa.

CELESTIN. – Recuérdalo bien, generalote: cerrarás los ojos recibiendo el as de oros, que te dejará limpio de toda culpa.

PANTOJA. – Déjeme barajar esos ejércitos.

CELESTIN. – Aunque los barajes, aunque los barajes...

(Mutis de CELESTIN y PANTOJA por el foro derecha, dejando la puerta abierta).

MARCIAL. – **(Sin dejar de escribir).** ¿De dónde vienen?

DOÑA CRUZ. – ¿De dónde ha de ser? Del cementerio. Fui a llevarle a tu padre los últimos claveles del jardín Comulgué allá mismo, en la capillita.

MARCIAL. – **(Estrechándole una mano).** Mamá...

DOÑA CRUZ. – Te noto fatigado.

MARCIAL. – Las preocupaciones...

DOÑA CRUZ. – ¡Qué diré yo! **(Suspira y se aleja).**

MARCIAL. – **(Tierno).** ¿Por qué te vas, mamá?

DOÑA CRUZ. – Voy a quitarme la mantilla y a guardar el devocionario.

MARCIAL. – ¿Y vuelves?

DOÑA CRUZ. – Si no te quito tiempo.

MARCIAL. – No, no...

(DOÑA CRUZ sale por el foro izquierda, contemplándole con gesto que delata una gran pena moral. MARCIAL busca ideas, golpea impaciente la mesa con el lápiz... Fueras oyen las voces de los jugadores).

PANTOJA. – Venga acá ese monaguillo.

CELESTIN. – No se afane, que el triunfo estará siempre en manos de la Iglesia. Los cuarenta con el Arzobispo y el curita de pueblo.

PANTOJA. – No soy de las que se ahogan en agua bendita... Vengan brisca.... y más brisca.... y aquí tiene al jefe can su estado mayor: ¡Veinte en espadas!... y juego de ellas... ¿A que esta vez no me las convierte? **(Carcajada diabólica).**

(MARCIAL se pone en pie y cierra la puerta del foro derecho. Las voces se extinguen. Vuelve a su escritorio... CLARA entra por el foro izquierdo con un ramo de claveles.

Para dar a conocer a la esposa de Marcial basta decir su edad y estado civil, y añadir: Es tartujana de la capital. ¡Tipo casi invariable de mujer, creyente por sistema, buena por sistema, ignorante por sistema! No ha sido madre, lo que la convierte en caso de exclusión; pero al haberlo querido la Providencia, por docenas besaría los retoños. Para todas las circunstancias de la vida tiene la misma idea, la misma emoción y la misma frase de cualquiera otra tartujana de su especie. Es abnegada y poco exigente; le pide a Dios la conversión del marido, y al marido le pide para trapos).

CLARA. – ¿Puedo cambiarte las flores?

MARCIAL. – **(Sin abandonar su trabajo).** Sí.

CLARA. – **(Retirando bruscamente unos claveles marchitos que hay en la mesa de Marcial).** Hay que cambiar el agua también.

MARCIAL. – Sí, sí... ¡Pero hazlo con cuidado! Mojaste todas las cuartillas.

CLARA. – Ahora digo que te traigan otras.

MARCIAL. – . – ¡Vaya una solución!

CLARA. – Por orden y aseo no discutamos. Si eso te preocupa de veras, comienza diciéndoles a tus obreros que mantengan aseado el zaguán de la casa. Todos los días encuentro allí papeles, basura... Viene una visita y da vergüenza.

MARCIAL. – **(Reconcentrándose en su escrito).** Está bien.

CLARA. – ¡No ha sido muy buena que digamos la idea de establecer el periódico en la misma casa!

MARCIAL. – **(Siempre escribiendo).** ¡Entendido!

CLARA. – **(Mirándolo con la ira de quien busca pleito y solo halla indiferencia)**... Si derivaras de ahí siquiera una utilidad, algo práctico...

MARCIAL. – **(Calla y trabaja, como si el más profundo silencio le envolviese).**

CLARA. – **(Mas herida aún)**... Porque estará bien que un hombre libre se dedicara a perder el tiempo tristemente... Pero el que ha contraído obligaciones, el que...

MARCIAL. – (Silencio, silencio, silencio... y la pluma que corre).

CLARA. –...En fin... Afortunadamente... basta conocerte... Pronto cambiarás de idea... Emprenderás en otra cosa... De fijo en otra locura... **(Viendo que el contendor no le presenta pelea, resuelve cambiar de frente y va a la**

biblioteca, donde comienza a ordenar libros a su manera).

MARCIAL. – (Alzando a mirar). ¿Qué haces ahí?

CLARA. – Lo que tanto te preocupa: poner cosas en orden. Esto parece cuarto de locos.

MARCIAL. – (Algo enervado ya). Deja todo así. Son libros de consulta. Yo sé bien cómo están. Nada tienes que hacer en ese estante.

CLARA. – Bien. No te impacientes.

MARCIAL. – ¡Te ruego que me dejes solo!

CLARA. – Sí, me voy ya... Dime, ¿podrás acompañarme esta noche a casa de mis primas? Quieren que las ayude en el bazar que están organizando a beneficio del templo de San Emigdio.

MARCIAL. – ¿No pueden venir ellas por ti?

CLARA. – Tal vez... Pero entonces...

MARCIAL. – (Impaciente). ¿Entonces qué?

CLARA. – Si he de ir al bazar... necesito un vestido... Todas irán muy bien... ¡Los que tengo ya me los han visto tanto!

MARCIAL. – (Va a los anaqueles en busca de un libro que no encuentra).

CLARA. –.... ¿Qué dices? ... ¿Lo compro?....

MARCIAL. – ¿Quién me habrá quitado de aquí el Diccionario Filosófico?

CLARA. –....Aquí solo tú lees esos libros... Yo no los veo ni por el forro.

MARCIAL. – Lo dejé anoche acá, estoy seguro,

CLARA. – (Ligeramente turbada). Búscalos bien entonces.

MARCIAL. – ¡Aquí hay alguien que se lleva mis libros de consulta!

CLARA. – (Riendo). ¡Vaya una ocurrencia! ¿Para qué? Libros de esa clase,

MARCIAL. – ¡Necesito saber quién ha sacado ese libro de aquí, y con qué objeto! (Oyese fuera el piano, en el que cierto espíritu femenino, pulido y sentimental, ejecuta una balada de Chopin. Esto desconcierta la discusión por unos segundos).

CLARA. –...Ahí está Luz...

MARCIAL. – (**Con más energía**). ¡Necesito saber quién ha sacado ese libro de aquí!

CLARA. – ¡Ya te dio por ahí el mal humor!... ¿Qué puedo saber yo?... Voy a atender la visita.

(*Mutis de CLARA por el foro izquierdo. MARCIAL le dirige una mirada iracunda y queda en escena, víctima de una cruel sospecha. La música, sin embargo, le domina poco a poco, y escuchándola siéntase de nuevo a escribir. DOÑA CRUZ entra por el foro izquierdo silenciosamente, y al verle embebido en el trabajo retrocede*).

MARCIAL. – (**Volviendo la cabeza**). No te vayas.

DOÑA CRUZ . – Termina. Volveré luego.

MARCIAL. – No es nada urgente... Las últimas frases del editorial.

DOÑA CRUZ. – (**Suspirando**). ¡El editorial!... ¡Me lo imagino!

MARCIAL. – (**Suave**). Mama; me ofreciste no volver a ocuparte de estos asuntos, y vuelta a lo mismo. Haz de cuenta que el diario no existe, que yo nada escribo, que nada pienso, que...

DOÑA CRUZ. – ¡Ojala fuera posible! ¡Tu manera de pensar me atormenta día y noche!

MARCIAL. – ¿Y crees tú que si mis pensamientos, tan llenos de nobleza que tú misma me has inculcado, ofendieran en verdad a tu Dios, ese Dios romántico, oloroso a incienso y a cera encendida, habría ahora tanta luz sobre esas cuartillas?.... Mira cómo cae sobre ellas un rayito de sol a través de las cortinas, como una insinuación sobrenatural para que diga yo todo lo que siento en el fondo de mi alma... Oye también cómo me lo dice esa música: "Escribe lo que sientas, escribe lo que pienses"...

DONA CRUZ. – Por lo mismo; deberías escribir ahí el amor infinito a quien todo lo crea, inculcar el bien; pero estoy segura de que, muy al contrario... (**Se acerca curiosa, y ansiosamente a las cuartillas**).

MARCIAL. – (Reapartándola **con suavidad**). ¡Pobre mama!

DOÑA CRUZ. – Déjame ver...

MARCIAL . – (**Se levanta del escritorio y va al otro extremo de la habitación**)....No vale la pena... Ven acá... Siéntate acá... (**La atrae y la abraza**)... Tu dicha hubiera sido verme con mitra y manto obispal

DOÑA CRUZ. – Cuántas ilusiones me hice cuando tenías seis años, al verte jugar

con tu hostia de papel y tu altarcito de cirios diminutos clavados sobre mis carretas de hilo... (**Una pausa**)... Hoy me conformaría con que fueras un hombre tan recto como él... (**Muestra el óleo del patrício**).

MARCIAL. – ¡Es tan fácil trazar en la vida una línea recta, sin curiosidades, sin dudas, sin rebeldías, sin ideas propias!...

DOÑA CRUZ. – (**Con exaltación**). ¡Orgullo deberías sentir de que él fuera tu padre! ¡Fue un modelo de hombres de hogar! No vivió sino para los suyos. A ti te envió a Europa para que recibieras la mejor educación. ¡El pobre! ¡No pensó que se separaba de ti para siempre! A mí nunca me causó la menor pena... ¡Fue un santo! ¡Al cielo subió derechito! ¡De eso estoy segura!

MARCIAL. – (**Con escepticismo festivo que no alcanza a ofender**). No tanto para que olvides mandar decir la misa diaria por su alma...

DOÑA CRUZ. – (**Dominando un desconcierto del cual ella misma no se da completa cuenta, porque si se diera cometaría pecado mortal**). Nadie sabe si a pesar de todo lo necesita. ¿Quién conoce los designios de Dios?... Y al no ser así, nada hay perdido: otra alma la aprovechará.

MARCIAL. – (**Levantándose**). No hay duda... (**Va a su escritorio, pone los codos sobre la mesa y el rostro entre las manos**).

(**Habría una pausa si la música de Chopin no siguiera hablando**).

DOÑA CRUZ. – (**Yendo a él con esa preocupación instintiva de las madres, que hasta en las tartujanas es superior a todo prejuicio teológico**). ¡Pobre hijo mío!... Me atormenta tanto verte así, en ese estado de abatimiento!

MARCIAL. – Es natural. ¿A quién no le duele perder el tiempo?

DOÑA CRUZ. – ¿Lo reconoces al fin?

MARCIAL. – Quizá... Mira la edición de ayer: ahí está casi toda en ese rincón. ¡Se vendieron veinte ejemplares!

DOÑA CRUZ. – ¿No te lo dije yo, que aparte del mal que ibas a propagar harías el peor de los negocios? Todavía no sé del primer periódico que haya dado en Tartuja otra cosa que pérdidas.

MARCIAL. – ¿Qué importan las pérdidas? Que no anuncie nadie, que todos los agentes duerman o roben, que no vengan noticias, que los empleados no sirvan, que las máquinas no anden, todo eso es humano, todo eso es secundario. ¿Pero que nadie lea? ¡Que nadie lea! ¡Que todos se sientan letrados por el solo hecho de que conocen el abecedario, distinguiendo unas letras de otras como cuerpos sin alma tras de los cuales nada vibra, nada nuevo se esconde, nada nuevo se busca? ¡Oh, país éste de los que creen que saben leer, y a duras penas, saliendo a la calle, fijan sus ojos al azar en un cartel de muerto!

DOÑA CRUZ. – (**Sin entender muy a fondo el discurso**). Afortunadamente es así. Porque si Dios no me hace el milagro de que vuelvas al buen camino y sigas el ejemplo de tu padre, me permitirá al menos que te desilusiones de la política y regresemos al campo, a nuestra antigua vida de paz.

MARCIAL. – ¡Ah! ¡El viejo caserón de mis abuelos... y el olor de las vacas y los cañaverales... y los años en que yo hacía versos! ¿Crees que todo aquello no me hace falta?

(**EL FLACO asoma la cabeza a la izquierda**).

EL FLACO. – ¿El doctor?

MARCIAL. – (**Impaciente**). ¿Qué hay?

EL FLACO. – (**Avanzando, cuartilla en mano**). Una consultica...

MARCIAL. – Luego, luego. Ahora no.

EL FLACO. – Es una palabrita nada más, mi doctor. ¿Usted escribió "la modalidad del divorcio", o la "moralidad del divorcio"?

DOÑA CRUZ. – (**Sobresaltada**). ¿Qué?

MARCIAL. – (**Turbado**). No recuerdo bien... Despues le diré,

EL FLACO. – (**Que es suspicaz y nota algo anormal**). Está bien, mi doctor... Ustedes perdonen.

(**Mutis del FLACO por donde vino**).

DOÑA CRUZ. – ¡Cómo! ¡El divorcio! ¡Otra vez el divorcio!

MARCIAL. – (**Imperturbable**). Si, mamá

DOÑA CRUZ. – ¿No puedes callarte siquiera alguna de tus ideas? ¿Necesitas ir públicamente contra tus tradiciones, atacar costumbres a las cuales debes tu nobleza de alma, tu posición en la vida, tu mismo hogar? ¡Porque Dios te ha dado una mujer que desmiente con su bondad cuanto digas en esos papeluchos! ¡Una mujer que nunca has sabido apreciar en todo lo que ella merece! ¡Eso es un contrasentido! ¡Una infamia!

MARCIAL. – (**Cabizbajo y siempre sereno**). Puede serlo.

DOÑA CRUZ. – Y aunque así no fuera. ¿No te duele al menos verme sufrir?

MARCIAL. – Mucho,

DOÑA CRUZ. – Marcial: ¡No toques ese tema! ¡No pubiques ese artículo! ¡Compláceme una vez siquiera!

MARCIAL. – Es inútil mamá.

DOÑA CRUZ. – ¿Aunque te lo suplique llorando?

MARCIAL. – Es inútil, mamá.

DOÑA CRUZ. – ¿Tan poca cosa valgo para ti?

MARCIAL. – Ya te lo he dicho muchas veces: te quiero con toda mi alma; pero no será tu dolor lo que me haga pensar con cabeza ajena.

DOÑA CRUZ. – Está bien, está bien. . . (**Se aleja llorando**).

MARCIAL. – (**Para sí, muy atormentado**). ¡La pobre!

(*Entran en ese momento CLARA y LUZ por el foro izquierda. La visitante tendrá la edad de CLARA: seis lustros: pero esconde uno de ellos muy bien tras de su tualet parisina. Posee una distinción y una conciencia de su personalidad que en Tartuja pudieran parecer exóticas y aun algo profana*).

LUZ. – Buenos días, Marcial... ¿Le importunamos?

MARCIAL. – En absoluto. Siga usted.

CLARA. – . – (**A Doña Cruz**). ¿Qué ha sucedido?

DOÑA CRUZ. – Lo de siempre, hijita; lo de siempre.

CLARA. – Lo de todos los días: entra usted acá muy tranquila, y sale llorando. (**Dirige a Marcial una mirada de reproche**).

DOÑA CRUZ. – No importa, no importa...

(*Mutis de DOÑA CRUZ por el foro izquierda*).

CLARA. – Si no tratara yo de consolarla un poco...

LUZ. – ¿Qué le pasa?

MARCIAL. – ¿Qué ha de ser? Imagine usted la peor de las tragedias: la incomprendión.

LUZ. – ¡Sobre todo en ella, que le quiere a usted tanto!

CLARA. Y que no puede vivir sin él un segundo. Bien podía Marcial hacer un pequeño esfuerzo para evitarle sufrimientos.

LUZ. – (*De todo corazón*). ¡Pobrecita!

MARCIAL. – (*Huyendo al tema escabroso*). Estaba oyendo la balada.

LUZ. – ¿Con la cual debo ya fastidiarte?... La eterna balada.

MARCIAL. Para mí es también la más emotiva. Cada vez que usted toca ese trozo, Luz, lo encuentro nuevo, le hallo una sugerión distinta, una mayor profundidad.

LUZ. Ironías galantes. ¿Se venga usted, en vista de que he venido a interrumpirle el trabajo?... Lo hice tan solo para devolverle su libro.

CLARA. – (*Se acerca a la mesa y arregla los claveles*).

MARCIAL. – ¡Qué pronto lo ha leído usted!

LUZ. – Me ha proporcionado usted unas horas agradabilísimas... ¿No lo has leído Clara?

CLARA. (*Escandalizada*). ¿Yo leer los libros de Marcial? ¡No estoy loca! Casi todos figuran en el índice... Prefiero mi tranquilidad de conciencia.

LUZ – (*Sonriendo misericordiosamente*). ¡Es lástima!... Voy a poner el volumen donde estaba... ¿Creo que era aquí?

MARCIAL. – Donde usted quiera.

LUZ. – Temo ser ordenada... Porque en sus anaqueles hay siempre un desorden de buen gusto... El de las personas que tienen libros para leerlos, para vivirlos... ¿Me permite usted curiosear un poco?

MARCIAL. – Todo lo que usted quiera.

CLARA. – (*Para dominar su inquietud, se pasea por la habitación buscando iniciativas de ama de casa*).

LUZ. – . – ¡Qué hermoso Chateabriand! "Genie du Christianisme" Eres injusta Clara. Aquí hay un título para ti.

CLARA. – ¡Cielos! ¡Si se siguiera una siempre por el título!

LUZ. – Platón... Cicerón... Esquilo. . , Los pájaros de Aristófanes... Una epidemia de clásicos... Ciencias políticas. De eso sí entiendo poco... ¡Cómo! ¡No le sabía a usted tan dado a los alemanes! ¡La Biblia de Lutero, en pergamino!

CLARA. – (*Triunfante y sentenciosa*). ¿No te lo dije?....

LUZ. – ¡Kant!... ¡Y una de las más viejas ediciones de Goethe!

MARCIAL. – ¡Un hallazgo! La encontré como hueso, en esas barracas de la orilla del Sena... Por dos francos me la vendió un judío francés.

LUZ. – Pero entre sus hallazgos, nada como el Musset que me dio a leer usted hace días, con autógrafo del poeta.

MARCIAL. – Aquí lo tiene usted, sobre mi escritorio. Lléveselo esta vez del todo.

LUZ. – ¡Qué tentación!

MARCIAL. – Lléveselo, para que olvide un poco que ha tenido que encerrarse de nuevo en Tartuja. Todavía puede usted volar con la imaginación a otros ambientes, porque apenas hace un mes que vive entre nosotros.

LUZ. – (**Abriendo a Musset con exquisitez y gesto atormentado**). "Elle est morte et n'a point vecu! Elle faisait semblant de vivre. (Y mirando a MARCIAL, sonriendo melancólicamente). ¡Muerta sin haber vivido! ¡Tan solo vivir fingió!

MARCIAL. – (**Saboreando el verso y el ambiente, en tono casi alusivo**). De sus manos cayó el libro en el cual nada leyó...

CLARA. – (**Sintiendo emoción en torno suyo y deseando imponer su personalidad**). Dime Marcial: ¿estos periódicos, que están amontonados aquí, se pueden botar? ¡Le dan un aspecto tan feo a la habitación!

MARCIAL. – (**Desde su torre de emoción**). Haz lo que quieras.

LUZ. – (**Los ojos de nuevo sobre el libro, algo suspirante**). "De ses mains est tonibé le livre dans lequel elle n'a rien lu". (Y lo deja caer sobre la mesa, con cierto despecho elegante).

MARCIAL. – Así será... No se afane usted... A mí también me halagaba ser un recién llegado, casi un forastero... Después fui perdiendo el recuerdo, y hasta la personalidad que traía de aquellos mundos... (Y mirando a Clara que se empeña en desalojar la última edición de "El Imparcial"). . . Conocí esta mujercita, que nunca ha salido de Tartuja... y que sabe ponerlo todo en orden... hasta el amor mismo... Y... ya lo ve usted...

(**Oyense los gritos de los jugadores**).

CLARA. – ¡Uf! ¡Qué alboroto!

(**Abrese la puerta del foro derecha y reaparecen CELESTIN sonriente y PANTOJA exaltado**).

CELESTIN. – ¡Lo dicho! Las diez de últimas con el as de oros.

PANTOJA. No te hagas ilusiones. Mañana vendrá el desquite.

CELESTIN. Cuando gustes. (*Se acerca a la mesa de Marcial y lee las cuartillas*).

PANTOJA. – (A LUZ). Y esta criatura, que siempre ha de tocar el piano como quien dice secretos tristes... ¿Cuándo la oiré ejecutar a usted algo marcial, algo vibrante?... Así es como entiendo yo la música.

LUZ. – Explíqueme usted esa preferencia.

PANTOJA. – Otro día, otro día. Ahora voy a despedirme de doña Cruz.

LUZ. – También yo... Vine apenas a traer un libro... y a llevarme otro. " . ¿Dónde he puesto mi sombrero?

CLARA. – Sobre el piano.

(*Salen PANTOJA, CLARA y LUZ por el foro izquierdo*).

MARCIAL. – (A CELESTIN). ¿Leía usted, Tío?

CELESTIN. – Trataba de entender tu letra... Vuelves por lo visto al tema escabroso.

MARCIAL. – Escabroso en un país como el nuestro, que vive con varios siglos de retraso.

CELESTIN. – Hablas con más despecho que convicción.

MARCIAL. – Afortunadamente. No son las ideas escuetas las que agujonean nuestra actividad. Toda obra humana es el resultado de una fe.

CEILESTIN. – Conozco la tuya... Eres revolucionario porque no sabes ser feliz dentro de tus tradiciones, porque tu vida íntima envuelve un fracaso.

MARCIAL. – Irremediable, eso sí.

CELESTIN. Irremediable no. Te equivocas. Para ser felices, no necesitamos destruir: nos basta dulcificar lo que ya existe. No es la forma del tiesto lo que hace abrir la flor, sino el agua que se le riegue.

MARCIAL. – No conoce usted a Clara,

CELESTIN. – La conozco, pobre alma que jamás has tenido en cuenta porque tú miras la vida tan solo a través de tu egoísmo. Sé que Clara está lejos de conmoverte. Y sin embargo, en tus polémicas hay ese ardor, esas alternativas sentimentales que denuncian la influencia de una mujer.

MARCIAL. – (*Inquieto*). ¿Cree usted que tan solo por una mujer sería yo capaz de...

CELESTIN. – No. Pero ella le da vuelo a tu imaginación y despierta en ti los impulsos revolucionarios que pretendes justificar, enaltecer, universalizar. Si quisieras a Clara, tus tradiciones te parecerían soportables y hasta hermosas; no pretenderías reformar el mundo sacrificando la paz de quienes te rodean... Esa mujer de que te hablo, y que da a tus editoriales toda la vehemencia de una carta de amor, hasta el punto de que a veces solo desearías que ella te leyera.

MARCIAL. – (*Exaltado*). Esa mujer no existe. ¿No se puede acaso tener y defender una convicción sin que haya de por medio...

(*Regresa LUZ*).

LUZ. – Vengo a decirles hasta luego y a llevarme a Musset.

ACTO SEGUNDO

La decoración es en apariencia la misma del primer acto; pero su ambiente ha cambiado en pocos días, como cambia un semblante a través de los años.

Allí todo sugiere cansancio, desorden, vacío. Sobre la mesa no hay claveles, como en otro tiempo. Por el suelo se ven cuartillas rotas y arrugadas. Una silla ha caído bajo las ediciones de "El Imparcial", que continúan descargando sobre ellas todo el peso de la incomprendición. Los libros, desbordándose de los anaqueles, dan la idea de un ejército después del combate.

Si el espíritu de Clara hubiese tenido la objetividad de un mueble, los miopes lo echarían de menos; lo buscarían, del mismo modo que se persigue en un semblante ajado la huella de la frescura juvenil,

MARCIAL. – (*Se pasea sonriendo nerviosamente. Oyense gritos fuera, piedras que se estrellan contra las ventanas y vidrios que se rompen. Entra PORRAS por la izquierda muy asustado*).

PORRAS. – (*Alarmadísimo*). ¡Aumentan, doctor! ¡Aumentan!

MARCIAL. – (*Con reposo irónico*). No les de usted importancia.... Haga usted de cuenta que es la marea que sube... una marea de amotinados...

PORRAS. – Al portón le hice poner barra doble y dos trancas.

MARCIAL. – ¡Infantil precaución!

PORRAS. – ¡Cómo, doctor! ¡Usted no conoce esa gente! Yo tuve ocasión de presenciar aquel célebre mitin del ochenta y cuatro contra "El Librepensador Ilustrado"… ¡No dejaron un chivalete sano!

MARCIAL. – Oiga usted, Porras: cuando fui estudiante de derecho en La Sorbona iba los veranos a una playa donde los chicos, al bajar la marea, construían pequeñas fortalezas de arena, desafiando al mar… y cuando el mar volvía sobre sus pasos, los pequeños le esperaban con gesto napoleónico, detrás de las barricadas… Las olas iban subiendo, golpeando, desmoronando… Irremisiblemente… ¿Y sabe usted lo que hacían entonces los chicos?. Reían… Ahí tiene usted una lección de Ciencias Políticas, que no encontré nunca en los programas universitarios… Estas cosas no merecen afán ninguno, Porras… Es la marea que sube… Ríase usted, lo mismo que yo

(*Entra EL FLACO por la izquierda, energúmeno, blandiendo un componedor de medio metro*).

EL FLACO. – Mi doctor: le están dando a la puerta con una hachuela.

MARCIAL. – Ya lo oye usted, Porras.

EL FLACO. – La puerta la echarán abajo, mi doctor; pero al que me empastele una galera… Con el componedor aunque sea me le voy encima… Con este, que es el de los titulares.

MARCIAL – ¡Mejor que mandíbula de Caín!

VOCES FUERA. – ¡Doctor!… ¡Doctor!

(*Y la puerta de la calle que cruje y truena*).

MARCIAL. – (*Sereno y contundente*). Flaco: abra usted la puerta.

EL FLACO. – (*Tomando aquello por una orden militar*). Ahí verá mi doctor… Por mí no hay miedo… Con un rodillo en la mano y esperándolos a la vuelta del pasadizo… Le aseguro que si asoman dos las narices, el tercero da media vuelta.

MARCIAL. – No, hombre… Déjelos usted que se diviertan… que entren, que hagan lo que quieran…

EL FLACO. – (*Con una sonrisa fatalista que merecería ser musulmana, pero que dignifica la socarrona resignación del indio*)… Si mi doctor prefiere…

MARCIAL. – Sí, sí… Déme usted tan solo unos minutos… El tiempo necesario para salir al balcón a presenciar la avalancha… Luego abra usted la puerta y en paz.

EL FLACO. – Está bien, mi doctor.

(Mutis del FLACO).

MARCIAL. – *(A Porras).* Abra usted el balcón.

PORRAS. – Doctor: es una temeridad. ¿Qué pretende usted?

MARCIAL. – Hablarles.

PORRAS. – Esas gentes no entienden. Yo las conozco como a mis manos... Le repito: yo tuve ocasión de presenciar el mitin del ochenta y cuatro, contra "El Librepensador Ilustrado".

MARCIAL. – Por lo mismo que nada entienden, les hace falta una cabeza.

PORRAS. – *(Indeciso, aunque teóricamente convencido).* Pero doctor...

MARCIAL. – Abra usted.

PORRAS. – *(Coloca en sitio seguro el busto de Voltaire y abre al balcón mirando a Marcial con un respeto lleno de sobresalto. Los gritos se hacen inteligibles): ...*

GRITOS. – ¡Que muera!... ¡Abajo El Imparcial! ¡Abajo la puerta!

MARCIAL. – *(Avanza tranquilamente, seguro de sí mismo... Un espasmo de sorpresa domina a la multitud. En los ojos del jefe de redacción brilla la sorpresa del hombre común y corriente "que tiene ocasión de presenciar" uno de los más grandes y audaces acontecimientos del siglo... Pero en seguida los gritos recrudecen).*

GRITOS. – ¡No!... ¡No!... ¡Abajo!... ¡Que muera El Imparcial!

(Caen piedras a la escena... ojala una de ellas sobre el pie averiado de Porras, que cambia de sitio bruscamente).

MARCIAL. *(Pide silencio moviendo la mano en alto, como quien golpea el espinazo de una bestia).*

(Los gritos degeneran en un sordo rumor).

GRITOS. – ¡No!... ¡No!... ¡Abajo El Imparcial!... ¡Muera El Imparcial!

(Recrudece el clamoreo, con más fuerza que antes, iracundo, ensordecedor).

MARCIAL. – *(Vuelve rabioso la espalda y cierra el balcón con estrépito, diciéndoles "estúpidos" con el gesto, para no rebajarse a decírselo con las palabras).*

PORRAS. – *(Aterrorizado).* ¡Y abrieron la puerta! ¡Esta es la muerte del diario,

doctor!

MARCIAL. – ¿Para qué prolongar su agonía?... No nos hagamos ilusiones con las fortalezas de arena...

PORRAS. – (*Sale a toda prisa, y antes de que transcurran tres segundos de ruido regresa con su silla y un legajo de papeles, tal como lo haría una madre con sus pequeñuelos*).

PORRAS. – Mi silla y mi archivo, por si acaso.

MARCIAL. – Pone usted a salvo su personalidad.

PORRAS. – ¡Usted no conoce esas gente!! Ya le digo que yo tuve ocasión de...

MARCIAL. – Dichoso usted, Porras... Para usted mañana nada habrá sucedido. Se sentará en la misma silla de siempre, y publicará los mismos artículos de siempre... en otro periódico.

PORRAS. – Quizá por eso, doctor, la suerte me ha dado siempre contra el suelo. Nunca he sido hombre de iniciativas; y dicen que el que no arriesga... no pasa el mar.

MÁRCIAL. – Y el que arriesga... se expone a dejar lo más caro de sus ilusiones en el fondo del agua.

PORRAS. – También es cierto....

MARCIAL. – Quizá en la vida sea preferible el modesto papel de espectador.

PORRAS. – (*Cuya curiosidad por lo que sucede en el interior del edificio es ya incontrovertible*)... No estará por demás echar un vistazo... (*Y sale cautelosamente por la izquierda... No resiste a la tentación de ser testigo ocular de este nuevo mitin, al cual se siente íntimamente vinculado como autor intelectual, mucho más vinculado que al del ochenta y cuatro. DOÑA CRUZ entra por el foro izquierda, muy alarmada*).

DOÑA CRUZ. – ¡Hijito! ¡Hijito! ¿Qué pasa?

MARCIAL. – Calma. Nada extraordinario.

DOÑA CRUZ. – Estaba yo en el oratorio. Oí de pronto gritos. Luego me dicen que hay un tumulto, que has salido al balcón... ¡Qué temeridad! ¡Han podido matarte!

MARCIAL. – Todavía no merezco ese honor.

DOÑA CRUZ. – ¡Y entraron!

MARCIAL. – Yo mismo les abrí la puerta.

DOÑA CRUZ. – ¡Tú mismo!

MARCIAL. – Sí, para que destruyan, para que arrasen.

DOÑA CRUZ. – ¡Qué! Entonces... ¿No saldrá más el diario?

MARCIAL. – No, Mamá.

DOÑA CRUZ. – ¿No escribirás más?

MARCIAL. – No.

DOÑA CRUZ. – (*Iluminada, las manos puestas, los ojos elevados al cielo*). ¡Dios me ha hecho el milagro! ¡Lo que tanto he pedido en mis oraciones!

(*Oyense golpes*).

MARCIAL. – (**Sardónico**). Oye cómo despedazan. Ameno está el milagro,

DOÑA CRUZ. – . – ¡Que lo destruyan todo, todo!

(*Entra PANTOJA por la izquierda*).

PANTOJA. – ¡A la bayoneta!

MARCIAL. – ¡Adelante, mi general!

PANTOJA. – ¿Cuántos muertos?

MARCIAL. – ¡Uno!

DOÑA CRUZ. – (*Alarmada*). ¿Qué dices?

MARCIAL. – (**Sonriendo**). No te alarmes. Es un muerto sin importancia... Hablo de "El Imparcial".

DONA CRUZ. – (*Tranquilizándose*). Ah. .

MARCIAL. – El milagro está hecho. No saldrá más el diario, no escribiré más... Toma mi pluma: ¡a la hoguera con ella!

DOÑA CRUZ. – (**Recelosa**). Me inquieta oírte hablar así.

MARCIAL. – ¿Por qué, mamá?

DOÑA CRUZ. – No sé. Me parece que estás diciendo lo que no sientes.

MARCIAL. – (**Acariciándole las canas**). ¡Pobre mamá!

DOÍA CRUZ. – ¡Hijo querido!

MARCIAL. – Vuelve tranquila a tu oratorio. . . Vuelve tranquila.
(La acompaña hasta la puerta, y ella hace mutis dócilmente, sin dejar de mirarlo con honda ansiedad. El bullicio del motín disminuye poco a poco).

PANTOJA. – ¡Que deje usted impune esa chusma!

MARCIAL. – Esto es una cátedra, no un campamento.

PANTOJA. – Sigue usted en las nubes.

MARCIAL. – No, general. He bajado un poco.

PANTOJA. – Lo dudo.

MARCIAL. – Siéntese usted aquí... Aquí, a mi mesa... No la mire usted con torvo ceño, que ya no hay pluma en ella: "El Imparcial" no existe... Ni debiera haber existido.

PANTOJA. – Me alegra que usted lo reconozca. (**Toma posesión del escritorio como si fuera una fortaleza que se rinde**).

MARCIAL. – Y ahora... que nos dejen en paz... (**Cierra todas las puertas**). Ahora... es usted quien tiene la palabra.

PANTOJA. Poco sé de oratorias, afortunadamente ¡Los hechos! ¡Eso sí! Ahí tiene usted la clave del éxito: ¡En los hechos!

MARCIAL. – vamos, general... ¿Qué hubo?... ¿Llegó? ¿Llegó lo que usted esperaba?

PANTOJA. – (**Dando un golpe sobre la mesa**). ¡Sí!

MARCIAL. – Todo está, pues, ya a salvo.

PANTOJA. – Como usted lo dice.

MARCIAL. – ¡Enhorabuena!

PANTOJA. – (**Sorprendido**). ¿De veras?

MARCIAL. – (**Enérgico**). ¡Paso de vencedores, mi general.

PANTOJA. – (**Agarrándole de un brazo**)... ¿De veras... . . Y por qué ayer mismo usted me objetaba que eso era prematuro, que...

MARCIAL. – Es ahora cuando he visto claro, hace un momento... cuando creí,

¡imbécll de mí!, que podría razonarle a esa turba.

PANTOJA. – (*Riendo*). ¡La razón!... ¡Aquí la tiene usted! (**Saca una pistola y la hace saltar sobre la palma de la mano**).

MARCIAL. – Tanto allá no, pero...

PANTOJA. – No discutamos en balde. Sus propósitos son los que me interesan... ¿Es usted de los nuestros?

MARCIAL. – (*Decidido*). Le he entregado la pluma al enemigo... Vamos a ver si la suerte quiere que también le entregue los huesos.

PANTOJA. – ¡Así me gusta oír hablar a los hombres! (**Va a revisar las puertas, regresa al lado de Marcial y exclama en voz baja**). ¿Luego la fuerza es la que manda?

MARCIAL. – Lo que usted llama fuerza, no. Hay otra superior, de orden moral, que rige los tristes destinos humanos: una fuerza que da vida a los organismos sociales, masas en que cada hombre es una célula y cada célula un egoísmo. Esa energía misteriosa es la que manda. Pero cuando todos los pequeños egoísmos se ponen de acuerdo para obstaculizarla. Entonces ella misma se encarga de abrirse paso con la otra fuerza, con la de usted, mi general, como el no que se desborda del cauce estrecho donde no cabe su caudal de bondad y justicia.

PANTOJA. – (*Con festiva ironía*). ¡Siempre el editorial!

MARCIAL. – Vamos a los hechos. ¿No hay esta vez temor de un denuncio, de una imprudencia, de...?

PANTOJA. – En absoluto...

MARCIAL. – ¿Qué se espera entonces?

PANTOJA. – ...Esta misma noche me pongo en camino... Y antes de una semana...

MARCIAL. – ¿Dónde nos damos cita, general?

PANTOJA. – Pero... ¿es cierto?

MARCIAL. – Estoy decidido.

PANTOJA. – Venga usted conmigo, hombre.

MARCIAL. – No. Tomaré otro rumbo. Quiero empezar mi carrera de armas como usted empezó Ira suya: sin una escopeta.

PANTOJA. – No le ponga usted literatura a estas cosas. Yo soy zorro viejo.

MARCIAL. – Siento deseos de aventurar, de buscar el peligro, de dominar multitudes... de hacerse así al destino... (**Arruga rabiosamente una cuartilla y la hace saltar también sobre la palma de la mano**). Jugar con la vida.

PANTOJA. – ¡Ese es el valor! ¡Usted irá muy alto!

MARCIAL. – Por lo menos esa chusma me ha marcado el camino.

PANTOJA. – Y mis reflexiones. La experiencia es sabia.

MARCIAL. – Vamos a ver cual de los dos clava primero su bandera en el capitolio.

PANTOJA. – (**Con paternal condescendencia, aunque dejando adivinar en su incredulidad un sentimiento de emulación**). Si es usted, me alegraré de ello, y me sentiré muy honrado al oírle decir: ¡General: usted es mi brazo derecho!

MARCIAL. – Pero explíqueme usted...

PANTOJA. No. No hablemos más aquí, Venga usted por mi casa esta tarde.

MARCIAL. – Iré.

PANTOJA. – Es lo mejor. Allá los muros son espesos. .y no hay tantas puertas.

MARCIAL. – Hasta la vista, mi General.

PANTOJA. – Hasta la vista, mi... doctor... ¡Y General!

MARCIAL. – No haga usted profecías: que si no se realizan...

PANTOJA. – (En la puerta de la izquierda, sacudiendo energicamente el bastón, casi energúmeno). ¡Sería usted una gallina! .

(Mutis de PANTOJA por la izquierda. MARCIAL se entrega de lleno a examinar y romper papeles de su archivo).

MARCIAL. – ¡Porras!

(Entra PORRAS por la izquierda).

PORRAS. – ¿Doctor?

MARCIAL. – ¿Fueron muchos los daños?

PARRAS. – No quedó un chivalete sano. Las cajas las vaciaron A la máquina de imprimir le quitaron el cilindro y lo llevan calle abajo.

MARCIAL. – Una buena ocurrencia.

PORRAS. – Pero adivine usted, doctor, quién es el que más daños ha hecho.

MARCIAL. – Difícil me parece.

PORRAS. – Pues el Flaco. Agarró un rodillo, y ¡vengan golpes! Gritaba mueras al Imparcial, pero no hacía distinción entre los chivaletes y las costillas de los amotinados.

MARCIAL. – (*Riendo*). Es un gran hombre. Prefirió la traición al anonimato... Dígale usted que venga.

PORRAS. – Voy a llamarlo. (*Va haciendo mutis*)...

MARCIAL. – ¡Porras!

PORRAS. – (*Volviendo la cabeza lentamente*). ¿Doctor?

MARCIAL. – Le regalo esa imprenta.

PORRAS. – (*Sacudido por una descarga eléctrica*). Lo hubiera dicho antes, doctor.

MARCIAL. – Salve usted lo que pueda. Quizá queden los elementos necesarios para conquistar una diputación...

PORRAS. – (*Descorazonado*). Voy a ver, doctor. .

(*Mutis de PORRAS por la izquierda. MARCIAL sigue depurando el archivo. EL FLACO asoma la cabeza por la puerta de la izquierda, muy amedrentado*).

EL FLACO. – ¿Mi doctor?

MARCIAL. – Adelante. ,.

EL FLACO. – (*Obedece tímidamente. Las desgarraduras de su indumentaria son bocas que cuentan la historia de la refriega*).

MARCIAL. – Siéntese usted, Flaco.

EL FLACO. – (*Obedeciendo, en el colmo del desconcierto*). Gracias, mi doctor.

(*El FLACO mira a todas partes "como gallina en corral ajeno" y MARCIAL le habla a cortos intervalos, dando preferencia a la tarea en que se halla empeñado*).

MARCIAL. – El Imparcial se acaba.

EL FLACO. – Eso estaba yo pensando...

MARCIAL. – Y ahora. ¿Qué proyecta usted hacer?

EL FLACO. – No faltará cómo ganar el cuartillo, mientras viene la próxima.

MARCIAL. – ¡Le hace a usted mucha falta el general Pantoja!

EL FLACO. – El o cualquier otro progresista que sepa dar la voz de mando.

MARCIAL. – Usted siempre enemigo del orden.

EL FLACO. – (**Con cinismo festivo**). En tiempo de guerra no hay acreedores.

MARCIAL. – ¿Ni urgen los anticipos?

EL FLACO. – Se echa uno el chopo al hombro, y adelante con Dios y la Virgen Santísima.

MARCIAL. – ¿Y cuando no hay fusiles?

EL FLACO. – No faltará un garrote.

MARCIAL. – ¿Nunca les ha tenido usted miedo a las balas?

EL FLACO – Para eso está el aperitivo, pa matar las hormigas.

MARCIAL. – . – ¿De ahí viene esa mala costumbre de empinar el codo?

EL FLACO. – (**Riendo nasalmente**). Lo sabrá Dios.

(**Golpean al foro**).

MARCIAL. – ¿Quién?

CLARA. – (**Fuera**). ¿Se te puede hablar, Marcial?

MARCIAL. – Un momento.

EL FLACO. – (**Poniéndose en pie**). ¿Necesitaba algo mi doctor?

MARCIAL. – Nada, hombre. Siéntese usted tranquilamente.

EL FLACO. – (**Se sienta, preludiando una pausa desconcertante**).

MARCIAL. – De modo que, hoy por hoy, se halla usted tan a ciegas como yo... ¡Ah, el Flaco... Quién iba a pensar que, tras de un cajista tan informal, se oculta el mejor cabo primero del ejército revolucionario... Bien merece esto unos días de

vacaciones.

EL FLACO. – Pa quién puede tomárselas.

MARCIAL. – Si no fuera por la mujercita... le traería a usted commigo

EL FLACO. – ¿Se va mi doctor?

MARCIAL. – . – Sí... Un viaje corto.

EL FLACO. – Por ella no hay cuidao. Tiene pa cinco meses todavía .

MARCIAL. –¿Querría usted venir?

EL FLACO. – Siendo con mi doctor...

MARCIAL. – Bien, bien. Ni una palabra mas... Y como habrá que dejarle algo a la familia... **(Le da unos billetes)**.

EL FLACO. – Gracias, mi doctor.

MARCIAL. – ¡Cuidado con las copas! ¡Eso es sagrado! ¡Es de los hijos!

EL FLACO. – Descuide mi doctor.

MARCIAL. – ...Hoy mismo iremos a respirar aire de campo... A olvidar esos amaneceres en que, armando galeras, oíamos cantar el gallo... Tendremos mucho de qué hablar, para olvidarnos de tanto esfuerzo ingrato... Me contará usted sus aventuras de la guerra pasada... y aquel célebre sitio de San Canuto, de que nos hablaba hace días el General Pantoja.

CLARA. – **(golpeando la puerta con impaciencia)**. Marcial: si tengo que esperar mucho tiempo...

EL FLACO. – **(Se pone en pie, como movido por un resorte)**.

MARCIAL. – **(Disgustado)**. ¡Un segundo!... **(Al Flaco)**. Vaya usted, pues, en tanto, a despedirse de los suyos y a ver el equipaje.

EL FLACO. – **(Haciendo mutis, muy divertido)**. ¿El equipaje....Me cabe en el bolsillo... y sobra espacio.

(Mutis del FLACO por la izquierda. MARCIAL abre la puerta del foro derecha, donde aparece CLARA).

CLARA. – Ya me iba... Pensé no merecer siquiera un detalle de consideración,

MARCIAL. – **(Seco)**. ¿Qué deseas?

CLARA. – No temas... no vengo a interrumpirte.

MARCIAL. – ¡Al grano! ¿Qué deseas?

CLARA. – (*Avanzando unos pasos*). Te trajeron esta carta...

MARCIAL. – (*Que halla pueril la disculpa*). ¿Por eso nada más te tomas el trabajo de esperar fuera?

CLARA. – ¡Desagradecido!... En fin: la culpa es mía. Ya sé que mi presencia te fastidia.

MARCIAL. – ¡Tu presencia!... ¡Qué pobres y qué ingratas impresiones me trae siempre tu presencia!

CLARA. – Lo sé. No necesitas echármelo en cara... Me voy ya... (*Se dirige a la puerta por donde entró*).

MARCIAL. – (*Le vuelve la espalda y va a su escritorio*).

CLARA. – (*Deteniéndose en el umbral*). ¡Lástima que en estos casos sea la propia mujer la que estorba... Cualquiera otra persona...

MARCIAL. – (*Sardónico, sin volverla a mirar*). ¡Ah, ya entiendo! ¡Vienes a consolarme!

CLARA. – (*Comprendiendo el latigazo*). ¿Yo?... ¡Soy incapaz.... Para eso me faltan atractivos... Me falta... No sé cómo decir... Si fuera otra...

MARCIAL. – (*Encarándose*). ¿Otra qué? ¡Vamos a ver! ¿Otra qué? ¿Quién?

CLARA. –.... Nadie... Me voy...

MARCIAL. – Ven acá... ¿Es disputa lo que buscas?

CLARA. – (*Escandalizada, beatíficamente escandalizada*). ¡Yo?...

MARCIAL. – No andas equivocada: Llegas con una oportunidad rara en ti. Entiendo. Quieres pagar conmigo tu mal humor, como si yo tuviera la culpa de todo lo malo que te sucede.

MARCIAL. – (*Volviendo a su trabajo, con esa ironía vaga de los que están lejos mentalmente*). Sí, es verdad.

CLARA. – (*Tras un silencio que anuncia tormenta, avanzando a paso de vencedores*). Has fracasado vergonzosamente; y como eres soberbio, como no quieras confesar tu equivocación, lo justificas todo con palabras hirientes... Solo falta que me culpes de haber fundado periódico, de estar haciendo el ridículo en la política... ¡Voy a resultar la causante de que ahora todo el mundo se ría de ti!

MARCIAL. – ¡Ah, ese mérito nunca lo tendrás! ¿Tú darme una idea, sugerirme una iniciativa, despertarme una ambición?.... ¿Pero todavía no te has dado cuenta de que tienes la dureza y la simplicidad de un muro blanqueado de cal... ¿Cuándo ha habido entre nosotros un sentimiento elevado de mutua comprensión?... ¿Cuándo?... ¿Qué eres sino la Extraña? La... !Si hasta veo el placer íntimo que te causa el creerte fracasado, amilanado, ridículo!

CLARA. – Muy capaz serías de sentirte satisfecho y hasta orgulloso de lo que acaba de suceder. Conozco tu constancia y tu ceguedad. Te aburrió el periodismo. Ahora hay que inventar otra locura. Y si el pueblo no te hubiera destruido la imprenta, habrías acabado tú con ella... Con tus propias manos.

MARCIAL. – (**Con feroz angustia**). Satisfecho estoy, orgulloso estoy! Y no te equivocas. Hoy es uno de esos días en que de buena gana rompiera con mis propias manos todo lo que me estorba, todo lo que me hastía, todo lo que me exaspera. ¿Entiendes?

CLARA. – (**Algo temerosa, perdiendo terreno**). No te exaltes así... Será ésta la última vez que pondré los pies en tu despacho... Veo que mi presencia te enerva a tal extremo, que sientes a cada momento la necesidad de insultarme... (**Con el hipido del llanto ya próximo**)... Esa es la recompensa... Eso es lo que saco de haberte consagrado mi vida.

MARCIAL. – ¿Pero qué es lo que tú llamas consagrar una vida? ¡Casarse, como única finalidad, y vivir luego al lado de un hombre sin tratar de acercarse a él espiritualmente, poniéndole siempre en orden, en un orden implacable, todas las cosas que le rodean!

CLARA. – No hablemos más. No llegaremos a entendernos nunca... Algún día, algún día reconocerás tu injusticia, lo mismo que todos tus errores... Yo te perdono todo; seguiré sufriendo en silencio, como Dios manda; procuraré no hacerme sentir... Haré como en estos últimos días; ni siquiera he dejado que te arreglen la oficina. Ahí está como a ti te gusta.

MARCIAL. – (**Con mirada escudriñadora**)... Pero sí entrarás a escondidas... vendrás al estante... Sustraerás un libro... Lo echarás al fuego.

CLARA. – (**Temblorosa**). ¿Tus... tus libros?.... ¿Yo?...

MARCIAC. – ¡Te he visto!.... ¡Te espié!... Quería descubrir esa mano misteriosa: la que adivinaba cuáles eran mis autores preferidos, para hacerlos desaparecer.

CLARA. – (**Pálida como un muerto**)... ¿Tú sueñas?.

MARCIAL . – (**Rabioso**). ¿Y esto qué es?.... (**Saca de un cajón del escritorio la valiosa Biblia de Lutero en pergamino, casi carbonizada**). . ¿Y esto?... ¡Yo mismo lo saqué de donde tú lo echaste!

(Una pausa... La del delincuente que baja los ojos ante la prueba irrefutable... la del juez que siente todo el dolor de la estulticia humana).

CLARA. – **(Confesa, inmóvil, los ojos aguados)**... Está bien... Sí. Tú ves el hecho; pero no la intención.

MARCIAL. – Hablemos claro: ¿La intención tuya, absolutamente tuya, o la de alguna otra persona que guía tu mano, que ejerce sobre ti un dominio que yo nunca tendré, que me espía por medio de ti, que se entromete en mis asuntos más íntimos, que obstaculiza mi trabajo, que vuelve contra mí el afecto de cuantos me rodean?... ¿Es tuya la intención? ¿A que no me lo sostienes mirándome francamente, cara a cara, así?

CLARA. – ¡Dios mío! ¡Ya vas a calumniar al tío Serafín!

MARCIAL. – Deja en paz a ese santo hombre. No vengas a escudarte con su nobleza. Bien sabes que soy incapaz de juzgarle mal. Es de los que tienen a Dios como una meta de perfección y no como un arma.

CLARA. – **(Estallando en sollozos)**. Marcial; no seas cruel. ¿Cómo puedes suponer en mí la intención de causarte daño? Lo que yo haya hecho es por tu bien, créemelo: por apartarte del mal camino que llevas.

MARCIAL. – ¡Mientes! Lo has hecho como una autómata, como una vil autómata.

CLARA. – **(Que no entiende la aseveración, pero siente la ofensa)**... ¿Y qué?.... No seré yo entonces la única que viene aquí a buscar tus libros con la peor de las intenciones.

MARCIAL. – Sé a donde vas.

CLARA. – . – ¡Claro que lo sabes! Y que en esto de libros, no serás tú quien tenga más tranquila la conciencia.

MARCIAL. – **(Con el tono de quien habla en un desierto)**. La clásica conciencia. Bueno está cultivarla; pero no que otros vengan a arrebatarlos el timón.

CLARA. – Ya sé que no la tienes; que de buena gana me abandonarías para entregarte de lleno a esa coqueta, a esa...

MARCIAL. – Sigue.

CLARA. – No quiero ni nombrarla. Ella, ella es la culpable de que seas conmigo como eres. Ha venido aquí nada más que a sembrar la discordia... esa mujer sin escrúpulos. Tiene de quien heredarlo, como hija que es de un pervertido, que murió en Europa a causa de sus vicios, que mató de pena a su mujer... ¡Claro! Vio a su padre siempre en brazos de queridas, de bailarinas y cómicas. Qué otra cosa

puede aspirar a ser que la querida del primero que se le presente... En ella es perdonable, hasta cierto punto; pero no en ti, que la atraes, que la galanteas...

MARCIAL. – Sigue, sigue, desahógate. . . , Estoy encantado. Al menos, esta vez te guían tus propios sentimientos, libres de toda influencia extraña.... Al menos esta vez puedo conocer la verdadera personalidad de mi esposa, aunque sea por unos segundos.

CLARA. – No creas que son celos.

MARCIAL. – Cállate, pues... Ya murió esa crisis de sinceridad.

CLARA. – No estoy celosa; pero sí harta de murmuraciones y humillaciones. Ahora solo pienso en mi dignidad, en guardar mi puesto.

MARCIAL. – ¿Cuál? Dime: ¿cuál?

CLARA. – Aunque tú no me quieras, soy y seré siempre tu mujer, y por consiguiente esta es mi casa. Fuera de aquí harás lo que tus pasiones te aconsejen. Eso es cuenta tuya. Pero aquí yo mando. Desde hoy se acaban las visitas de esa mujer. Que no venga ella más aquí a buscarte, ¿lo oyes?... Aun más: Si esa mujer se presenta aquí y tú no le das a entender que está de sobra... .

MARCIAL. – ¿Qué harás?

CLARA. – ¡La echo!

MARCIAL. – ¡Pero no seas cándida, mujer! ¿No piensas que llegado ese momento sería ella, ¡ella! quien podría echarte a ti?

CLARA. – (*La ofensa es tan grande, que CLARA se ofusca; queda extática, bajo el dominio de una luz demasiado intensa para su pobre mentalidad. Luego estalla en un sollozo que echa fuera el más agudo e intenso de los dolores*)

¡Ah! ¡Sí! ¡Ahora veo quién eres! ¡Un depravado! ¡Hasta allá irías! ¡Hasta hacer que una perdida me insulte en mi propia casa!

MARCIAL. – ¡Una perdida! ¿Pero sabes lo que hablas? ¿Sospechas siquiera que estás insultando a una mujer ante cuya grandeza de alma la tuya casi desaparece?... ¡A la mujer que quiero! ¿Lo oyes? ¿Lo oyes bien? ¡A la que quiero! ¡A la que me comprende! A la que de seguro vendrá ahora acá, no a regocijarse de mi mala suerte, sino a alentarme, a estimularme, a acompañarme en mi atroz soledad, sin que por eso traiga la menor intención de causarte daño?... ¿No sería ella quien podría gritarte que eres aquí una intrusa?

CLARA. – (*Que no puede ya más por sí sola*). ¡Oh! ¡Doña Cruz! ¡Doña Cruz!

MARCIAL. – ¡A mi madre déjala en paz!

CLARA. – ¡Doña Cruz!

MARCIAL. – Bien sabes que esa es el arma... La única que te queda... Cobarde. ¡Cállate!

CLARA. – Doña Cruz... ¡Ay, Dios mío! Qué infamia!

(*Entra DOÑA CRUZ por el foro izquierda, sumamente alarmada... La sigue CELESTIN en actitud de sereno espectador*).

DOÑA CRUZ. – ¿Qué? ¿Qué pasa? ¡Dios mío!

MARCIAL. – Nada, mamá.

CLARA. – (*Envalentonada*). ¡Ahora sí! ¡Ahora eres un manso cordero. ¡Qué transformación!. ¿Por qué no repites todo lo que me has dicho?

DOÑA CRUZ. – Calma, hija; calma. No hay razón para exaltarse así...

CLARA. – Usted no lo oyó. Ha llegado hasta echarme en cara que tiene una amante.

DOÑA CRUZ. – ¿Una amante? ¿Marcial? ¿Mi hijo? Usted ha comprendido mal.

CLARA. – Lo ha dicho claro. Y no es eso todo. Me amenaza con traerla acá para que ella misma me insulte y me eche de la casa.

DOÑA CRUZ. – ¿Qué horror es ese? No, Clarita. Usted se halla en un estado tal de exaltación, que no sabe lo que habla.

CLARA. – ¡Lo dijo, lo dijo!

DOÑA CRUZ. – ¡Semejante atrocidad en boca de un hijo mío! Me avergonzaría yo de ser su madre... ¡Por Dios, Marcial! ¿Qué le sucede a esta criatura? ¿Qué le has hecho?

MARCIAL. – Tranquilízate, mamá. Déjala que delire. Es muy noble en todo caso y muy cristiano lo que está haciendo: escudarte con tu dolor.

CLARA. – Sí. Por lo mucho que te importa verla sufrir.

MARCIAL. – ¿Qué es lo que quieras? ¿Que ella lo sepa todo? Sabe, pues, mamá que esa mujer es para mí una extraña.

DOÑA CRUZ. – (*Majestuosa, enérgica*). Marcial: ¡es tu mujer! ¡La que Dios te ha dado!

CLARA. – Contéstale, Insúltame delante de ella, como acabas de hacerlo. ¡Repite que Luz es tu amante!

DOÑA CRUZ. – (*Estremeciéndose*). ¡Luz!

MARCEL. – Eso es falso, mamá.

DOÑA CRUZ. – Ya lo creo. ¡Qué atrocidad!

CLARA. – Ahora lo niegas.

MARCEL – (*A Clara*). Te he dicho que la quiero. Eso es todo, y te lo sostengo. Quiero a Luz y reniego de la hora en que te entrometiste en mi vida. Y cuídate mucho de ofender con una palabra más, con la menor sugestión malévolas, a esa mujer, que es sagrada para mí.

DOÑA CRUZ. – Marcial: te prohíbo que te expreses de esa manera. Te lo prohíbo... ¡Basta ya! ¡Has llenado la copa! No eres el llamado a profanar esta casa, donde solo se te enseñó honradez y temor de Dios. Eres mi hijo, y te adoro; pero no seré yo quien se ablande ante una inmoralidad semejante.

MARCEL. – No te quiero yo menos, mamá, bien lo sabes tú. y ese mismo cariño es el que me ha hecho ocultarte siempre la mayor tragedia de mi vida. Pero ya que lo sabes todo, no serán tus amenazas las que me acobarden,

DOÑA CRUZ. – Tú sabrás lo que haces; pero medita antes bien lo que te digo: ¡has llenado la copa!

(*Mutis de DOÑA CRUZ por el foro izquierdo, abrazando a CLARA, que solloza*).

MARCEL. – (*Exasperado*). También puedo yo decir eso: ¡Han llenado la copa!

CELESTIN. – (*Suavemente, mirando a Marcial de hito en hito*). ¿Ya no queda nada por destruir?

MARCEL. – (*Vuelve a mirarle con gesto de sorpresa: el del hombre inteligente que nota unos ojos sabios escudriñándole la subconciencia*).

CELESTIN. – Destruiste tu vocero... Y ahora, tu hogar.

MARCEL. – ¿De quién es la culpa?

CELESTIN. – ¿Pretendes hacerme creer que lo uno fue obra de los amotinados y lo otro de Clara?

MARCEL. – (*Tras breve reflexión*)... Francamente... no sé a dónde van esas sutilezas.

CELESTIN. – Deseas cambiar de vida, torcer el rumbo, y encontrabas para ello dos estorbos: la labor periodística en que habías empeñado tu prestigio, y la chica

que te quiso desde la niñez, que lloró al verte partir, y en los años de ausencia, esperándote siempre, le encendía cirios a la virgen para que te guardara de todo mal: la que juró serte fiel. ¿Cómo dar a todo esto el golpe de muerte con tus propias manos? ¡Imposible! Entonces provocaste un motín con tus editoriales; luego heriste a más no poder el amor propio de Clara... Se desencadenó la tormenta, la viste venir con cierto agrado recóndito, y ahora dices: "Ellos lo quieren así, ellos me franquean el camino, ellos me obligan.... A la conciencia también sabemos engañarla.

MARCIAL. – ¡Qué mal me juzga usted!

CELESTIN. – . No te juzgo mal. Pienso apenas que pretendes abandonar una obra incompleta, para comenzar otra que puede acarrearte amargas desilusiones.

MARCIAL. – A veces la constancia deja de ser una virtud. ¿A qué seguir predicando en un desierto?

CELESTIN. – Aquí las ideas, la ostentación, la carrera pública, son más que secundarias. Lo que importa es tu mujer, que no sabes, que no quieras apreciar en todo lo que vale. Quizá después, cuando ya sea demasiado tarde, sentirás el dolor del viajero que se durmió ante la ventanilla del tren, y que al abrir los ojos ve muy lejos, borrándose ya para siempre, un panorama hermoso que hubiera podido admirar.

MARCIAL. – Para ser feliz con Clara me habría sido preciso encontrar en ella aunque fuera la disposición, el deseo de identificarse conmigo. Hay como la suya almas mecánicas, rutinarias, inflexibles. Les quitan su humana ductibilidad, le dan a su fanatismo un temple acerado y nos las echan en brazos. ¿Qué hemos de hacer entonces?

CELESTIN. – Dime: ¿has tenido tú jamás la disposición, el deseo de identificarte con ella?

MARCIAL. – ¡Vamos! ¡Usted es lo mismo que todos! Bien sé a dónde va esa insinuación. Hay hombres que pensamos con nuestra cabeza, que le damos vuelo a nuestra imaginación y ansiamos luchar contra tanto prejuicio. Ustedes ven en nosotros un estorbo; y como no pueden vencernos con argumentos, nos preparan un lazo certero: el amor. Ahí están esas mujeres que ustedes educan a su capricho con un fin deliberado; que ustedes dominan a la maravilla. Las entrometen en nuestra vida; y entonces, a transigir por amor, a callar por amor, y hasta a creer por amor. No, yo no caeré en esa trampa.

CELESTIN. – No yerres, no yerres. No he venido a hablarte en tono dogmático. Bien conoces mi tolerancia, No te estoy pidiendo que desciendas hasta esa humilde mentalidad. Apenas te aconsejo que pienses en la belleza, el bienestar, la fuerza que encierra todo lo que censuras en Clara, y te limites a amarla y a tolerarla, sin dejar por eso de ser quien eres, sin que tu personalidad sufra en lo más mínimo.

MARCIAL. Es decir: que haga una venia de salón a los prejuicios, que les dé la mano, que les sonría, que conviva con ellos, como se tolera un huésped insufrible,

CELESTIN. – Los prejuicios no se improvisan, hijo mío. Ellos guardan la experiencia de una vieja humanidad; son el fruto de un dolor milenario; ¡están amasados con lágrimas y sangre de tantas y tantas generaciones!

MARCIAL. – (**Burlón**). Entonces, a aceptarlos incondicionalmente, y a cruzarnos de brazos ante las desventuras humanas.

CELESTIN. – ¿Todavía te crees el redentor, el Iluminado? Un poco de modestia, querido sobrino. Desconfía de tu egoísmo cuando se disfraza de apóstol. Deja en paz a la humanidad, que es demasiado complicada y muy poco agradece nuestros sueños. Reduce tu radio de acción y de combate a este mundo ínfimo que cabe entre cuatro paredes, y haz el bienestar de los tuyos. ¿O piensas que quien no es capaz de hacer dichosas a una mujer que le quiere y a una madre que le bendice, tiene talla para luchar contra todas las bajas pasiones de una sociedad?

MARCIAL. – (**Con vehemencia**). ¡Déme usted la más rebelde, la más estúpida, la más monstruosa de las sociedades, y le aseguro que resulta más dúctil que un alma de mujer de las que ustedes forman, mucho más dúctil que el alma de Clara!

CELESTIN. – No insistas en despreciar a esa noble criatura... a ese tipo de mujer que por desgracia va desapareciendo.... A estos seres a quienes nuestra religión, más vieja y más sabia que tú, ha puesto una venda en el alma, suavemente, para que con su quietud espiritual y sus contemplaciones ultraterrenas, sean, en el caos humano, tan amigo de la concupiscencia, algo así como un punto de apoyo para el porvenir... ¿A qué abrirles los ojos? ¿Hay en el mundo nada que sea digno de verse cuando se comprende? ¿No es mejor que se recluyan en la penumbra del hogar cristiano, para que ahí, en un ambiente virtuoso y sencillo, sean manantial de fortaleza que dé a la sociedad hombres como tú, resueltos, energéticos y apasionados hasta en su misma rebeldía?... Te hago reflexionar, ¿no es cierto?

MARCIAL. – (**No responde; siéntase a su mesa, con el rostro entre las manos, y mira vagamente hacia la lejanía... No vacila, pero sí se adivina en él la emoción del viajero que ve esfumarse en la lontananza el panorama de que hablaba el tío CELESTIN**).

CELESTIN. – ¡Vamos, Marcial! ¡Todavía es tiempo! Estas mujeres tienen además una virtud: saben perdonar, sin que quede en ellas ese amargo sedimento que, en el fondo de otras almas menos místicas, espía la ocasión de sugerir una venganza... Ve a buscar a tu mujercita... No la dejes llorar más... Piensa que es muy tuya, tanto más, cuanto menos te comprenda... No quieras revolver el mundo, porque no tienes fuerza para ello. No te encapriches en dar a la transparencia del remanso la grandeza, la amargura del mar... ¡Vamos, Marcial, vamos! ¡Ven conmigo.... (**Trata de conducirlo suavemente**).

MARCIAL. – (*Le escucha inmóvil: pero en la expresión de sus ojos hay una agitación de tormenta*).

(*A la izquierda se oyen tres golpéenos muy discretos*).

CELESTIN – (*Con expectativa*). ¿Vamos?

MARCIAL. – (*Volviendo a mirar a la izquierda, bajo el influjo de una emoción ya distinta*). ¿Quién?

LUZ. – (*Fuera con voz risueña*). ¿Se puede?

CELESTIN . – (*En voz muy baja, suplicante*). ¡Vamos, Marcial!

MARCIAL (*Con cierta debilidad*). Adelante...

(*Entra LUZ. En sus ademanes, en su tualet oscura, en sus palabras, vibra la intención de la mujer que a toda costa, y hasta en las situaciones dramáticas, quiere agradar*).

LUZ. – (*Con mucha gracia*). Muy bella sería la política si no diera estos sustos... Afortunadamente, antes de venir acá supe que nada grave había sucedido... (*Notando pesado el ambiente y desconcertándose un poquitín*)... Es decir, que ninguno de ustedes.... (*Viendo tragedia en los semblantes, miedosa ya*). ¿Qué... qué pasa?

CELESTIN. – Lucecilla: un consejo: váyase usted.

LUZ. – (*Sacudida por un atroz presentimiento*). ¿Por qué?

MARCIAL. – (*Contundente*). No te extrañe su actitud. Nuestro cariño no es ya un secreto,

LUZ. – (*Aterrorizada*). ¡Cómo! Marcial.... ¿Qué has hecho?

CELESTIN. – (*Muy dulcemente*). Lucecilla: ¡óigame usted! No vea en mí al clérigo entrometido. Yo dejo a cada cual en paz con su conciencia. Pero hay veces en que una prudente insinuación viene muy bien... y hasta se impone.

LUZ . (*Temerosa, acobardada*). Tiene usted razón.... (*Va haciendo mutis*).

CELESTIN. – (*Con tono triunfal, y por cierto nada diplomático*). ¡Así me gusta! ¡Veo que usted es más razonable que nuestro prohombre.

MARCIAL. – (*Reaccionando brutalmente, al sentir cierta rivalidad entre su amor y la influencia del tío Celestín*). ¡No, Luz! Harías mal en huir, como si tuvieras de qué avergonzarte,

CELESTIN . – ¡No es cuestión de principios, hijo mío! Se trata de tu madre.

MARCIAL. – Ella es quien más debe enterarse del respeto que siento por Luz.

LUZ. – (*En el colmo del terror*). ¡Déjame ir, Marcial!

MARCIAL. – (*Imperativo*). No. Si alguien tiene derecho a estar aquí, eres tú. (**A CELESTIN**). Tío: dígale usted a Clara que Luz está aquí, que venga a cumplir su amenaza.

CELESTIN. – Comprendo: vas a provocar un desastre solo por orgullo; solo porque te aconsejo lo contrario, y en tu delirio de persecución no ves en mí al amigo, sino al hombre de sotana,... Te dejo entonces, y que tus propios sentimientos te guíen, ya que tanto confías en ellos... y usted, Lucecilla; usted que no es orgullosa, y que si ha perdido la fe lleva necesariamente en la sangre la herencia de su madre, de sus abuelas, de nuestro ambiente patriarcal, póngase la mano en el corazón y que él la aconseje.

(*El TIO CELESTIN sale por el foro*).

LUZ. – Marcial: ¡esto es una locura!

MARCIAL. – Era preciso,

LUZ. – (*Temblorosa, vencida por una trágica fascinación*). ¡Tengo miedo!

MARCIAL. – ¿No estás segura de quererme?

LUZ. – Bien sabes que sí.

MARCIAL. – ¿No pensamos, no sentimos de la misma manera?

LUZ. – (*Con menos firmeza*). Sí...

MARCIAL. – ¿Qué temes entonces? ¿El escándalo?

LUZ. – Quizá...

MARCIAL. – ¿Y qué puede importarnos el escándalo de una sociedad que tú y yo despreciamos?

LUZ. – No sé. Yo me conformaba con quererte en secreto, sin hacer mal a nadie. Me bastaba verte todos los días, estimular tu trabajo y tus ambiciones, saber que pensabas en mí.

MARCIAL. – ¿y crees que voy a aceptar esa abnegación tuya, sabiendo que en la vida no tienes más que mi cariño, ¿Piensas que voy a dejarte sola, entre gentes que te hostigan Y te calumnian, porque no te comprenden. ¿Y que sea misma Clara quien te eche encima la murmuración y el desprecio de todos?

LUZ. – ¿Tu madre lo sabe?....

MARCIAL. Si

LUZ. – No la hagas sufrir por mi causa, Seamos fuertes. Al menos, mientras ella viva.

MARCIAL. No.

LUZ. – Pero... ¿qué pretendes?

MARCIAL. – Hacer de ti mi verdadera mujer, fundar contigo un hogar tal como lo he soñado; un hogar que sea obra exclusiva de nuestra mutua comprensión; donde ninguna mano extraña pueda interponer entre los dos una sombra ni un recelo.

LUZ. – ¿Crees que tengamos derecho a una felicidad que se consigue a costa del dolor ajeno.

MARCIAL. – (**Calla, sintiendo nacer la zozobra en su interior**).

LUZ. – ¡Piensa además que vamos a estrellarnos contra todo el mundo!

MARCIAL. – (**De nuevo en guardia ante la idea de la lucha**). ¡Lo sé!

LUZ. – Tendremos que irnos, renunciar a todo, a cosas que después te harán falta: a tu país, a tu carrera...

MARCIAL. – ¿Irnos? ¿Estás loca?

LUZ. – (**Aterrorizada**). ¿Entonces?....

MARCIAL. – (**Firme**). Nos quedaremos aquí, para imponerle a, todo el mundo la superioridad de un amor como el nuestro.

LUZ. – La sociedad no comprende esas cosas.

MARCIAL. – Se las haremos comprender al fin. Sabré imponerle mis ideas, mis sentimientos, mi mujer, cueste lo que cueste. ¡Te lo juro!

LUZ. – (**Con triste escepticismo**). ¡Y crees ser tan fuerte, mi pobre Marcia!!

MARCIAL. – ¿No tienes confianza en mí?

LUZ. – (**Aun más escéptica, pero rendida**). ¿Qué quieres que yo diga?

(**Entra DOÑA CRUZ por el foro izquierda, solemne, resuelta. Un silencio trágico**).

DOÑA CRUZ. – (*Señalando la puerta de la izquierda*). Luz: Nada tiene usted que hacer aquí,

LUZ. – (*Humillada y amedrentada*). Está bien, señora. (*Saliendo, cabizbaja*).

MARCEL. – Mamá: ¡piensa bien lo que haces! ¡La quiero! ¡Con el amor más grande! Nada hay en ese amor que merezca tu censura, pues lo que más nos ha preocupado hasta hoy, lo que hemos sobrepuerto a todo, es tu tranquilidad, Y si reflexionas un poco, si dejas que yo te hable, que te explique...

DOÑA CRUZ. – (*Inflexible*). Nada tiene usted que hacer aquí, Luz.

MARCEL. – Mamá: si ella sale de esta casa en la forma que tú le mandas, no tendré valor para dejarla ir sola; sentiré que me echas a mí también.

DOÑA CRUZ. – Nada más sencillo: elige entre ella y yo. Un silencio.

MARCEL. – (*Luchando con dos sentimientos contradictorios*). Luz: aguarda un instante:

DOÑA CRUZ. – (*Rotunda*). ¡No!

LUZ. – (*En la puerta, suplicante*). ¡Obedécele Marcial! ¡Ella antes que todo!

MARCEL – (*Suplicante*). Mamá: escúchame. Pero no te ciegues...

DOÑA CRUZ, ¡Ni una palabra más! (*Insiste en mostrar la puerta*).

MARCEL, – (*Yendo a la izquierda también, con la desesperación del naufragio que, atraído por el remolino, tiende las manos pidiéndole auxilio a la sombra de un ausente*). Piensa bien lo que haces,... Mamá... Mamacita... Ma... (*Y puede más que todo el remolino, la atracción fatal*).

(*DOÑA CRUZ, al verlo desaparecer, cierra los ojos y se lleva las manos al corazón. CLARA y CELESTIN entran por el foro*).

CLARA. – (*Angustiosamente*). ¿Se fue?

DOÑA CRUZ. – Sí.

CELESTIN. – Lo temí,

DOÑA CRUZ. – Dios lo ha querido. Si es así, para mí Marcial ha muerto.

CLARA. – (*A CELESTIN*). ¡Deténgalo usted!

DOÑA CRUZ. – No. Si quiere irse, que se vaya.

CLARA. – Quizá hemos procedido con demasiado rigor... Tal vez yo hubiera

podido impedir... ¡Vaya usted a traerlo!

CELESTÍN. – Sería inútil, Clara. No vendrá. No dará un paso atrás en su rebeldía. ¡Es hijo de esta mujer!

DOÑA CRUZ. – Pero yo estoy en paz con mi conciencia. De mí no ha recibido más que santas enseñanzas.

CELESTÍN. – Por eso mismo. Si de pequeño le hubieran enseñado a dudar, no se habría creído con fuerzas para estrellarse contra todo. El romanticismo de nuestra fe es muy grande. No se limita a ser bálsamo de resignación: sabe también robustecer las alas de estas mariposas inquietas, les da bríos para que vuelen.

(CLARA se arroja llorando en brazos de DOÑA CRUZ, que al fin estalla en sollozos, con un ruido que recuerda el de hierro al partirse).

DOÑA CRUZ. – ¡Hijita, hijita!

CELESTÍN. – (Viéndolas llorar). ¡Y pensar que este pobre iluso se cree un iluminado!

TELON

Acto continuo alguien colocará sobre la concha un cartel que diga.

INTERMEDIO DE DIEZ AÑOS

ACTO TERCERO

Diez años más tarde. Salón del Palacio Presidencial de Tartuja, donde se reúne el Consejo de Ministros. Gran mesa en el centro, y frente a ella MARCIAL con una banda tricolor terciada al pecho. Su gesto es amargo, sus cabellos grisean un poco, su hablar lento lleva siempre un tono de humorismo mordaz. Hay en él una expresión de fría grandeza.

En torno suyo:

EL GENERAL GUERRA, Ministro de Guerra. EL GENERAL PAZ, Ministro de Gobierno, EL GENERAL RICO, de Hacienda, EL GENERAL CORTES, de Relaciones, EL GENERAL SABIO, de Instrucción, EL SECRETARIO.

GUERRA viste uniforme militar y los demás traje de ceremonia. Es el aniversario de la Independencia de Tartuja.

Al levantarse el telón se oyen fuera voces de mando militar y el correspondiente ruido de armas.

LA VOZ. – ¡Presenten! ar...! ¡De frente!, ¡mar..!

(*Tronar de tambores que se alejan marcando el paso de la tropa; y luego, a distancia, los acordes de la banda militar*).

SECRETARIO. – No hay más comunicaciones, Excelencia.

SABIO. – Es un hecho: la oposición del Congreso será sistemática.

RICO. – ¡Sistemática! No hay lugar a dudas,

PAZ. – Yo le dije.

MARCIAL. – En Tartuja, General Paz, ¿cuándo no ha sido sistemática la oposición?

CORTES. – Es lo que los franceses llaman “le droit de l’ intransigeance “....

MARCIAL. – ¿Y usted qué opina, General Guerra?

GUERRA. – (*Se alza de hombros, prolonga el labio inferior y se rasca la perilla*).

MARCIAL. – No importa. Si el Congreso que acabamos de instalar se prepara en contra nuestra, respondámosle con una labor sensata. ¡Hay que comenzar por algo de suma trascendencia: ¡La reforma constitucional!

(*Sobresalto general de los generales*).

SABIO. – (*Impetuoso*). Pero...

MARCIAL. – Proclamémoslo sin pérdida de tiempo, General Sabio: nuestra Constitución es un grave error. El abuso de la libertad nos lleva a la anarquía,

SABIO. – ¡Pero la Constitución es inviolable!

MARCIAL. – Hemos hecho una guerra contra el dogma eclesiástico, y lo sustituimos por un dogma político fuera del cual no hay salvación. Como somos un pueblo libre, en nombre de la libertad los estados federales se hacen la guerra, los impuestos son un mito, las leyes un laberinto, la instrucción un caos.

SABIO. – Ninguna obra humana da resultados inmediatos.

PAZ. – Yo he dicho siempre eso. Así lo sostuve en mi calidad de Ministro de Hacienda de la anterior administración, y también cuando fui Ministro de Obras Públicas encargado de la cartera de Instrucción. Más aun: cuando en la misma magistratura se me ofreció la cartera de Gobierno que yo no quise aceptar, yo... yo...

CORTES. – (*Aduciendo pruebas de mayor peso*). Bentham en su filosofía dice algo semejante. Y también Mirabeau, en su libro “*Lettres a Sophie*”.

RICO. – (*Que no quiere quedarse atrás*). A propósito...

MARCIAL – Y usted, General Guerra, ¿qué opina?

GUERRA. – (*Muy aburrido*). ¿A qué hora termina el Consejo?

MARCIAL. – (*Sonriendo*). Hay mucho trabajo, General. Ya hicimos la guerra; pero todavía no hemos hecho la república.

GUERRA. – (*Se frunce de hombros, prolonga el labio inferior y se rasca la perilla*).

CORTES. – (*Tratando de ser festivo*). Esa es una frase que huele a tradicionalismo, Excelencia,

MARCIAL. – Usted, General Cortés, tiene muy refinado el olfato.

RICO. – (*A quien la erudición de Cortes ofende íntimamente*). La amistad con el Ministro de Francia

(*Risas*).

MARCIAL. – Insisto en lo dicho, mis Generales. Nuestra carta Constitucional no admite tregua. Son leyes demasiado sabias, para un pueblo demasiado ignorante.

SABIO. – Por eso me empeñé en que la instrucción fuera obligatoria.

MARCIAL. – ¡Y no hay maestros!

SABIO. – (*Muy susceptible*)... Permítame Su Excelencia,

MARCIAL. – Aunque los tuviéramos, General. No hay con qué pagarlos.

RICO. – Creo deber observar, en mi calidad de Ministro de Hacienda, que el caso está previsto. El Estado no paga por el momento; pero reconoce su deuda. Y en cuanto se obtenga el crédito exterior...

MARCIAL. – ¿Quién obtendrá ese crédito?

PAZ. – Yo creo, yo pienso, yo afirmo que... esto es asunto de Gobierno. El punto se discutió precisamente cuando se me eligió para la vicepresidencia de la Cámara. Yo mismo ayudé a redactar el informe. Deje Su Excelencia el asunto a mi cargo, mediante la organización interna que yo, que yo...

MARCIAL. – ¿Y cómo organizamos, general Paz?

CORTES. – El mismo La RocheFoucauld dice en una de sus célebres "Máximes", que la organización, para que sea verdaderamente democrática, debe venir como consecuencia del espíritu público.

(La cita, más que el argumento, es aplastante... El nombre de La RocheFoucauld ejerce en todos los ministros una mágica fascinación, que perturba los semblantes).

SABIO . – (**Erguido sobre ese pedestal**). ¡Y el espíritu publico se predica a diario en las escuelas!

MARCIAL. – Y no hay maestros... ni tenemos con qué pagarlos. El círculo vicioso.

PAZ. – (**Afanado**). Yo, Excelencia, yo creo que... Yo no le diría eso al Congreso... Sería el vacío, la caída de nuestro Gobierno, en el que yo...

MARCIAL. – Caeríamos con honra, general Paz.

SABIO. – No; porque se nos acusaría de atacar los principios constitucionales.

MARCIAL. – Si no somos libres de juzgarlos y modificarlos, ¿no se habrá olvidado consignar en ellos la más sagrada de las libertades?... ¿la del sentido común?

SABIO. – (**Herido**). Ruego a Su Excelencia recuerde que pertenezco a la comisión que redactó nuestra carta.

MARCIAL. – Calma, general Sabio. Respetemos la única armonía que queda en pie en el país: la del cuerpo burocrático.

GUERRA. – frunce el ceño y da golpecitos sobre la mesa, mientras los demás ministros celebran la broma con una sonrisa elegante y desdeñosa.

RICO. – La primera medida que debe adoptar nuestro gobierno para sentar un precedente ante el partido, es la inmediata suspensión de viáticos a los misioneros católicos que regresaron a Tartuja en esta administración.

PAZ. – Encuentro admirable esa idea, General Rico. Yo me opuse a esos viáticos cuando formé parte de la comisión de presupuestos.

CORTES. – No hemos debido ni permitirles la entrada. He oído muchas censuras a este respecto.

SABIO. Esas misiones pugnan con los principios constitucionales de la instrucción laica.

MARCIAL. – Pero no con los fueros de la libertad. Y además, ¿qué apóstoles tiene nuestro partido que estén dispuestos a civilizar tribus salvajes?

RICO . – Pero, aparte de lo mucho que eso le cuesta al Tesoro, dentro de poco cada indígena será un enemigo de la ley, un voto en contra nuestra.

MARCIAL. – Oiga usted, General Rico...

CORTES. – Me permito proponer que se suspenda lo que se discute para que entremos a considerar la propuesta de Francia, sobre la misión militar.

GUERRA. – (*Dando un fuerte golpe sobre la mesa*). ¡Alto ahí! ¡No faltaba más!

SABIO. – Hay que tener en cuenta que se trata de una misión... digamos... cultural...

RICO. – Y bastante económica.

CORTES. – ¡Y de Francia, que es nuestra madre intelectual!

GUERRA. – El ejército déjenmelo quieto. Más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena. Me opongo a toda misión, que sea francesa o china, o de los Estados Pontificios.

PAZ. – General: yo he creído siempre... que si yo...

SABIO. – Estudiando a fondo el asunto... la ignorancia del ejército....

CORTES. – Y sobre todo, su indumentaria...

GUERRA. – (*Furioso*). Déjenmelos ustedes así. Si no quieren que salgan corriendo. al primer tiro, no me los enseñen a leer cuentos de brujas, ni me los vistan como santos de procesión. Al ejército déjenmelo tranquilo... O manden por mi renuncia... (*Se levanta y va al foro*).

MARCIAL. – (*Acompañándolo*). Tenga en cuenta, General, que...

GUERRA. – Nada, nada...

(*Mutis de GUERRA por el foro, acompañado de MARCIAL. Los ministros forman conciliáculo... EL SECRETARIO recoge sus papeles*).

PAZ. – Le veo ya mala cara a todo esto, mi General. Yo en el caso del Presidente...

RICO. – No arriesgo las ganancias, General.

CORTES. – (*Alarmado, mirando el reloj*). ¡La hora del té en la Legación Francesa!

SABIO. – Si así siguen las cosas, se hará preciso la renuncia en bloque.

(*MARCIAL regresa. Todos arreglan sus cartapacios y se van despidiendo. El SECRETARIO sale primero y CORTES queda de último*).

CORTES. – Olvidaba, Excelencia... Una firmita suya, ¿no.... Ya le había hablado de esto, ¿no?... Es para la secretaría de legación que está vacante.

MARCIAL. – (*Firmando*). ¿Pariente o amigo?

CORTES. – (*Muy cortes*)... Mi cuñado.

MARCIAL. – Ahí tiene usted, General... Algo se hizo hoy, al fin y al cabo.

CORTES. – (*Más que cortés, meloso*). Gracias, Excelencia.

(*Mutis de CORTES*).

MARCIAL. – (*Queda en pie, con gesto de honda reflexión. EL SECRETARIO reaparece al foro*).

SECRETARIO. – Excelencia: hace rato que espera el Arzobispo.

MARCIAL. – Hágalo usted pasar.

(*Entra por el foro EL ARZOBISSPO, conducido por el SECRETARIO, que en seguida hace mutis*).

ARZOBISSPO. – ¡Excelentísimo Señor!

MARCIAL. – . – ¡Ilustrísimo Señor!

(*Apretón de manos archiprotocolario*).

ARZOBISSPO. – Vengo a presentar a su Excelencia el más respetuoso saludo del Clero en el día de la Patria, (*Muy bien marcadas las mayúsculas*). Y a hacer los más fervientes votos porque su gobierno sea pródigo en Bienes,

MARCIAL. – (*Sutilmente irónico*). No puede esperarse mayor hidalguía de quien se halla en tan buenas relaciones con el Altísimo.

ARZOBISSPO. – Lo cortés no quita lo ferviente. No porque la iglesia y el estado se separen en la Constitución, han de mirarse con torvo ceño... He querido ser hoy el primero en estrechar la mano de Su Excelencia.

MARCIAL. – Gracias, Ilustrísimo Señor.

ARZOBISSPO. – ¡Ojala pudiera yo decir lo mismo el día de la iglesia!

MARCIAL. – ¡Trabajo tanto ahora! Puesto que Dios está en todas partes, que me exima esta vez de la etiqueta.

ARZOBISSPO. – Eso si. ¡En Todas partes!... ¡Hasta en casa de los samaritanos!

MARCIAL. Ese hecho no cuenta. Allí los hombres eran hostiles; pero las mujeres daban de beber.

ARZOBISPO. – (**Comprendiendo muy bien el alfilerazo**). Aun sin esto, Excelencia. ¡Aun sin esto! Sus rigores tendrá la disciplina y sus defectos el soldado de Cristo, ya que Dios permite que en todas partes medre el Demonio. Pero...

MARCIAL. – No se inquiete por ello Su Ilustrísima; que más defectuosos somos aun los rebeldes. Si en nombre de Dios es casi imposible crear apóstoles, ¡cuanto más lo es hacerlos en nombre de un accidente tan humano como la libertad!

ARZOBISPO. – ¡Vanitas Vanitatis et Omnia Vanitas!

(**Aparece LUZ discretamente por la derecha. Es ahora una dama otoñal, de suma distinción**).

LUZ. – Ilustrísimo Señor... (**Le besa el anillo**).

ARZOBISPO. – Que Dios guarde a la digna Compañera de nuestro Primer Magistrado, y le conceda todo Bien en el día de la Patria.

LUZ. – Nos honra sobremanera su visita, Ilustrísimo Señor,

ARZOBISPO. – No será yo quien le tema a la espuma del champagne... Ni a tan grata hospitalidad. Cuénteme usted entre sus huéspedes,

LUZ. – Su Ilustrísima nos abruma con tanta amabilidad.

ARZOBISPO. – Nunca debe sorprendernos lo que bien merecemos.

(**Entra EL SECRETARIO por el foro**).

SECRETARIO. – Excelencia: El Expresidente Pantoja.

ARZOBISPO. – Si esto quiere decir que ha terminado mi audiencia, les dejo a ustedes en Santa Paz.

MARCIAL. – Su Ilustrísima está en su casa, (**Al Secretario**). Que pase el General.

ARZOBISPO. – Bien lo quisiera yo. Como se trata apenas de una fórmula protocolaria, Y en vista de que los generales me amedrentan.

LUZ. – Si quiere su ilustrísima pasar al salón... Hay allí varias señoras querrán besar el anillo de su ilustrísima.

ARZOBISPO – Vamos allá.

(Entra el expresidente PANTOJA. La vejez no le ha vencido, pero le encorva ya sobre el bastón, el imprescindible bastón que ahora lleva en la izquierda.... porque la derecha quedó en mitad de una batalla).

PANTOJA. – ¿Capitulan los dos poderes?

ARZOBISPO. – Ninguna fuerza humana podrá acabar con lo que Dios ha instituido, Excelentísimo Señor,

PANTOJA. – ¿Qué es eso de Excelentísimo? No me ponga apodos Su Ilustrísima. Por fortuna esos tiempos pasaron.

ARZOBISPO. – Que haya para ellos tanto olvido como perdón.

PANTOJA. – Si Su Ilustrísima quiere echar sobre mi conciencia hasta la última gallina parroquial que murió en la guerra pasada.

ARZOBISPO. – Tras la mano que obra, está siempre la falta de la mano que guía.

PANTOJA. – Entonces partamos esa falta entre los dos. Cuando mis tropas exclaustraban monjas, y expulsaban frailes, y cerraban iglesias, y ensartaban la bayoneta en las alacenas por si acaso había clérigos guardados, no hacían más que aplicar una santa doctrina: "El que no está conmigo está contra mí",

ARZOBISPO. – (Sonriendo y echándole la bendición). Genio y figura...

PANTOJA. – Bendígame Su Ilustrísima. O excomúlgueme otra vez. Todo me es igual, Pero no me recuerde que fui Presidente de Tartuja, porque soy capaz de arrepentirme de lo hecho y pierde el diablo un alma.

ARZOBISPO. – (Exquisito). Esa ya no tiene remedio... Vamos, pues, a ver esas damas.

LUZ. – Pase su Ilustrísima.

ARZOBISPO (Con suma galantería). Primero usted, señora.

(Mutis de LUZ y EL ARZOBISPO por la derecha).

PANTOJA. – ¡Cuando pienso que ese santo varón se me escapó de las manos! Si en vez de echarlo del país le hubiera yo metido dos balas en el cuerpo...

MARCIAL. – Con esto solo hubiera usted conseguido enviar un nuevo mártir al calendario.

PANTOJA. – ¡Usted siempre en las nubes!

MARCIAL. – Y usted siempre clerófobo.

PANTOJA. – No revivamos viejas discusiones. ¿De qué se trata hoy?

MARCIAL. – Perdone usted, general, si le he llamado con urgencia, a pesar de su horror a los días festivos.

PANTOJA. – Horror que aumenta por horas.

MARCIAL. – La situación se agrava.

PANTOJA. – Desde que la conozco, se viene agravando, agravando, sin remedio. No hay novedad entonces.

MARCIAL. – Creí que fuera posible evitar una nueva crisis ministerial. Ahora la veo inevitable.

PANTOJA. – No será la primera ni la última.

MARCIAL. – Ni es el hecho en sí lo que me preocupa... Aunque nos vamos quedando sin hombres. Guerra es el único de absoluta confianza. El se opone abiertamente a la reforma militar.

PANTOJA. – Déle usted gusto,

MARCIAL. – Complaciendo a unos y a otros por considerarlos a todos necesarios, no me quedará más remedio que dormir sobre la Constitución.

PANTOJA. – (**Guiñando el ojo y golpeándole la rodilla**). Duerma usted... La almohada es de plumas.

MARCIAL. – Venga usted en mi ayuda esta vez. Recuerde aquellas palabras que me decía hace diez años, antes de la guerra, en la redacción de "El Imparcial": "Yo seré su brazo derecho"...

PANTOJA. – (**Se mira el muñón**). ¡Pícara suerte!

MARCIAL. – Le queda a usted la izquierda, con la cual dirigió sus mejores batallas.

PANTOJA. – Eso es pedirle a la caña más jugo del que tiene. Déjeme usted en paz, mi general y doctor. Bastante gracia hice ya con guardarle el puesto a raíz de la revolución y con poner las cosas un poco en orden, mientras usted se fue a tomar champaña al Eliseo.

MARCIAL. – A estudiar, mi general: a estudiar día y noche... A contemplar desde

lejos, serenamente, este pedazo de tierra, para conságrale luego todas mis energías.

PANTOJA. – Eso es lo que a usted lo perjudica: tanto estudio. Se le está acabando el machete a fuerza de amolarlo.

MARCIAL. – Y comienzo a desfallecer. Ya me canso de luchar contra tanta ignorancia y tanta ambicioncilla.

PANTOJA. – ¡Qué diré yo! ¡A mí me tocó la peor época! Usted no se dio cuenta de mis angustias; se limitó a hacer aprobar la ley del divorcio, y huyó al otro lado del mar, en luna de miel... Yo lamentaba no tener una silla presidencial para cada político. Todo el que había matado un azul se creía dueño de la república.

MARCIAL. – Haga usted un último sacrificio

PANTOJA. – No, mi amigo. Salga usted como pueda del atolladero, Duerma como yo, sobre la Constitución, o rómpasela a nuestros legisladores en la cabeza.

MARCIAL. – Temo apelar a ese recurso. Quien no encuentra colaboradores honrados como demócrata, menos los encontrará como tirano.

PANTOJA. – Haga usted entonces lo que le plazca, mi general y doctor; pero conmigo no cuente. Cuando le entregué a usted el trágico bastón que me hará pasar a la historia, juré no volver a poner los pies donde se hablara de política. Los hombres me dan asco; y solo sé mandarlos en manada, y contra el enemigo, para sacar algún provecho de sus malos instintos. Quizá ni eso ya, porque los años no pasan en balde... Y si mañana hubiera otro bochinche, yo le diría: mi general, para lo que se logra venciendo, no vale la pena arriesgar el brazo que me queda.

MARCIAL. – ¿Abandona usted el surco después de haberlo arado con tanto sacrificio?

PANTOJA. – Más vale así. El alma humana pudre toda semilla.

MARCIAL. – El alma humana no es tan estéril como usted piensa. Lo que sucede es que pretendemos enmendarla de un golpe, y esto es imposible. Hay que ir poco a poco, de sacrificio en sacrificio, sufriendo un desengaño tras otro. Creemos haber luchado en balde, y no es así. La vida es muy corta y los siglos son apenas las gotas de agua que riegan la semilla de nuestras buenas obras... No crea usted que hoy me anima el optimismo de otros años... Sé que el hombre está condenado a no ver jamás el fruto de sus ideas nobles... y esto desalienta...

¡Porque hay en cambio tanto dolor en torno nuestro!... Cuando llegamos a cumplir aquella cita solemne, a usted no le faltaba sino un brazo; a mí... Nada ha habido para mí más frío que ese triunfo. Atrás dejaba, enterrado en el lugar del último combate, bajo una crucecita anónima, lo mismo que un símbolo de la lealtad, a aquel buen caballo Pinillos, que aprendió de usted a rendir cuarteles enemigos.

PANTOJA. El buen caballo...

MARCIAL. —.... Y a mí me siguió siempre, hasta en las horas más adversas... como el buen lebrel... Luego, aquí me esperaba la tumba de la viejecita... y también la del tío Celestin... Quizá yo mismo disparé la bala que le atravesó el corazón mientras él confesaba a los moribundos... Buscándole a usted entre ellos, para hacerle rabiar con el as de oros...

PANTOJA. — No le resultó la profecía. Lejos estaba mi última hora para que él me ganara ese tute.

MARCIAL. — Se lo ganará otro, mi general. Morirá usted en olor de santidad.

PANTOJA — No embrome.

MARCIAL. — Nada tiene de raro que sea un clérigo, y hasta el mismo que le trajo el cabo Pinillos, quien le dé a usted pasaporte para el otro mundo.

PANTOJA. — !ah!...

MARCIAL. — No digo que verá usted la luz, "la verdadera luz"; sino que su espíritu, cansado de bregar, y asqueado de todo, le rendirá tributo a la inconsciencia, como se lo rinde la carne a la tierra. Antes de volver a la nada, tratará usted de ser niño otra vez, para no morir maldiciendo; y la niñez está llena de recuerdos que huelen a incienso, y a misterio, y a dulce ignorancia,

PANTOJA. — No se ablande usted, mi general. No olvide el bastón. Y tampoco exagere sus desencantos. Antes de perder este brazo, ya echaba yo de menos lo que a usted le ha acompañado en todas sus luchas, lo que todavía tiene; la mujer ideal.

MARCIAL. — Si no creyera en ella...

PANTOJA. — Esto va mal. Esto va mal. Cambiemos de conversación... ¿Dónde están los periódicos? Quiero ver mi caricatura de esta semana.

MARCIAL. — En mi despacho privado. Vamos allá.

PANTOJA. — Admirable idea. Allá está el único mueble de este palacio que me ha dejado gratos recuerdos: el sillón de mis siestas presidenciales.

(Mutis de PANTOJA y MARCIAL por el foro. Por la derecha regresan EL ARZOBISPO Y LUZ).

ARZOBISPO. — La próxima será menos corta. Señora. Se lo aseguro a usted.

LUZ. — ¿Cuándo tendremos de nuevo el honor de comer con Su Ilustrísima?

ARZOBISPO. — ¡Pronto! ¡Pronto! Me agrada la sonrisa escéptica de nuestro mandatario cuando bendigo el pan.

LUZ. – ¿Por qué no mañana? ¡Para mí es un consuelo tan grande ver a Su Ilustrísima!

ARZOBISPO. – Vendré... Pero es el caso de aplicar una máxima pagana. "Ojo por ojo y diente por diente". Prométame usted que irá al Tedeum de la catedral.

LUZ. – Mi mayor deseo sería...

ARZOBISPO. – Lo sé, lo sé. De usted nunca he creído lo contrario, doña Luz. Ese mismo corazón que la impulsa a usted a seguir a un gran hombre, por sobre toda ley divina, es el mismo que guarda intactos los más elevados sentimientos tradicionales. Bien sé que eso vive. Y por lo tanto, no bastan los buenos propósitos. Hay que exteriorizarlos, para dar buen ejemplo.

LUZ. – Su Ilustrísima debe reconocer que, por lo que a mí toca.

ARZOBISPO. – Lejos me hallo de condenarla a usted con severidad... Es decir: con excesiva severidad. Porque no en vano ha de surgir a diario ante nuestros ojos la visión de la catástrofe: ¡Tantas madres sin hijos! ¡Tantos rebaños sin pastos! Y sobre todo, ¡tantos hombres que murieron sin recibir los supremos auxilios!

LUZ. – Pero... yo hago cuanto se halla a mi alcance para reparar el daño causado.

ARZOBISPO. – No lo niego. Por algo digo que usted tiene un corazón grande. No basta sin embargo hacer el bien por nuestras propias manos. El bien debe hacerse dentro de la Iglesia de Dios, para enseñar que El y solo El es quien lo prodiga a manos llenas.

LUZ. – Por eso hice tantos esfuerzos en favor de las misiones.

ARZOBISPO. – Indudablemente. A usted se debe que cesaran las persecuciones y hayan vuelto al país unos pocos misioneros... y me alegra que usted hable de ellos... A propósito: he recibido cartas...

LUZ. – ¿Están contentos?

ARZOBISP. – Abunda en ellos la buena voluntad; pero... Hallan insignificantes los recursos que se les acuerdan... Porque desean emprender muchas obras, ensanchar el radio de acción. . Si usted pudiera obtener de nuestro mandatario... que se doblaran siquiera esas partidas. . Piense usted que cada alma nueva que allí se conquiste para Dios, borrará el daño de una que por culpa de usted se haya perdido.

LUZ. – (**Tras breve reflexión**). Temo que esta vez mi pobre concurso resulte inútil! Para lograr lo que ya tenemos, ¡tuve que suplicar y llorar tanto!

ARZOBISP. – ¡Por algo es este un valle de lágrimas!

LUZ. – Además, ¡la situación política es tan delicada!

ARZOBISPO. – No lo creo. No hay que juzgar por las apariencias. Aparte de los errores que condena el Dogma, y que van contra la verdad, nunca habíamos tenido un gobierno tan ecuánime. Y esto, en el fondo, el pueblo lo reconoce, aunque diga lo contrario. El pueblo es como usted: por mucho que sea su extravío, siempre busca el camino que conduce al redil. Por lo demás, todas las medidas del gobierno son sabias. En el exterior se habla ya de nuestra paz de cinco años, de nuestra futura prosperidad... Sé hasta de una misión militar que se ofrece en admirables condiciones.

LUZ. – Sí, es verdad.

ARZOBISPO. – Eso está bien, eso está bien. El mismo representante de Dios en la tierra tuvo su armada antes de los aciagos días garibaldinos. Es bueno pensar además que el soldado merece, como todo hombre, vivir en condiciones de moral, de... Eso está bien... El General Guerra debe hallarse contento.

LUZ. – (**Sorprendida**). ¿El? Se ha opuesto desde un principio a toda reforma.

ARZOBISPO. – Ah, ¿sí?

LUZ. – Por eso nada se ha podido hacer en tal sentido, a pesar de los propósitos de Marcial...! Pero es raro que lo ignore Su Ilustrísima! ¡La prensa ha hablado tanto!

ARZOBISPO. – Me ocupo tan poco de asuntos políticos... En fin, eso no importa. El General Guerra es todo un hombre, pero no faltaran valientes capaces de reemplazarlo... y perdóneme usted que me contradiga, y contra mi costumbre hable de política.... Sí, señora. Hay muchos hombres como él, dentro de su partido... El General Paz, por ejemplo... El es un militar avanzado... de clara visión... muy leal. . Esto cállelo usted, doña Luz. Solo la confianza que usted me inspira...

LUZ. – No tema Su Ilustrísima.

ARZOBISPO. – Tiene una esposa modelo, de acendradas virtudes cristianas.

LUZ. – Lo sé.

ARZOBISPO. – En fin, quizá hago mal en elogiar a un hombre cuyas ideas y cuyas hazañas me hallo muy lejos de aprobar... Quiero decir que del mal, el menos. El no se opondría a que se introdujeran sanas costumbres en el ejército... y todo eso redunda en bien, créalo usted, doña Luz: en bien.

LUZ. – Si pudiera yo prodigarlo a manos llenas...

ARZOBISPO. – Pero... ¿de qué hablábamos?... Ah! La invitaba a usted al gran Tedeum de la Catedral. Va a darme usted el gusto de venir en compañía del Presidente.

LUZ. – . – ¡Ilustrísima!

ARZOBISPO. – La cortesía no riñe con el Dogma, ni con la libertad de conciencia.

LUZ. – Lo comprendo, Ilustrísimo Señor; pero creo que esto sea imposible.

ARZOBISPO. – ¿Por qué?

LUZ. – Es seguro que mi marido...

ARZOBISPO (**Autoritario**). ¡Doña Luz! ¡Doña Luz! ¡No olvide usted mi súplica! ¡Bien sabe usted que él... no es su marido. Bien sabe usted que en estos momentos hay una desgraciada que llora, que sufre... y que debiera estar aquí. No olvide usted que, mientras el país se llenaba de sangre, ella cerraba los ojos de una madre que murió de pena.

LUZ. – (**Enjugándose dos lágrimas**). Ilustrísima.

ARZOBISPO. – No he querido ofenderla a usted, ni acongojarla ¡Vamos! Las lágrimas se dejan para el Santo Tribunal de la Penitencia. Siento que una sola palabra pueda hacernos pasar un rato amargo. Olvidémosla. He querido tan solo hacerle comprender a usted que no basta prodigar el bien por nuestras propias manos; que eso alienta el orgullo. ¿Usted cree, doña Luz, que si lo mejor de nuestra sociedad viene a sus salones, que si es usted una dama respetada por todos, y si yo mismo me honro sentándome a su mesa, ya por eso puede usted desafiar a Dios y decir ante sus ministros "mi marido? ¡No! Bien está que lo diga usted para llenar una fórmula civil... y ello ya es reprochable, Pero cuando usted le habla a un ministro de Dios, desnuda la conciencia... ¡No!

LUZ. – Perdóneme Su Ilustrísima.

ARZOBISPO. – No hablemos más de esto... La dejo, doña Luz.

LUZ. – . – ¿Por qué no aguarda Su Ilustrísima el desfile de las escuelas públicas? Van a pasar dentro de poco por frente a los balcones del palacio, cantando el himno.

ARZOBISPO. – No estará bien... Hasta la noche, doña Luz... Y no pare usted mientes en humanos obstáculos. Tema a Dios únicamente. Ponga en juego lo más noble que hay en usted para infundir tolerancia y sensatez en quien gobierna hoy los destinos de este país. Procure usted sacar de cada tropiezo una fuente de bien... (**Paternalmente**). Y cuando tenga dudas, o preocupaciones, venga en mi busca... Me decía usted hace poco que la situación es delicada. ¿Por qué?

LUZ. – Hay peligro de otra crisis ministerial.

ARZOBISPO. – No la mire usted con indiferencia. Piense de qué modo puede aprovecharla para destruir pasiones e intentar el acercamiento de los partidos. La

Patria por encima de ellos. Y sobre la Patria... (**Levanta el dedo hacia el cielo, majestuosamente**).

(**Regresa MARCIAL y sorprende la actitud del prelado**).

MARCIAL. – (**Sonriente**). ¿Nos dejaba ya Su Ilustrísima?

ARZOBISPO. – (**Sin bajar el dedo**)... Le decía a doña Luz las últimas palabras, y me alegra que las oiga Su Excelencia... Sobre este Palacio, donde se rigen hoy sabiamente los destinos de la Patria, Dios ha puesto una bandera,... Que esa sea la de todos.... No necesito ya alzar el dedo para indicarla, puesto que Su Excelencia la lleva dignamente sobre el pecho.

MARCIAL. – (**Mordaz**). Si esa es la palabra de Dios, Ilustrísimo Señor, que El nos oiga.

ARZOBISPO. – (**Con la mejor Sonrisa de la diplomacia eclesiástica**). No hay palabra que no llegue hasta El, ni respuesta que se haga esperar mucho tiempo. . ¡Señora!... Excelentísimo Señor!...

(**Venias...Mutis del ARZOBISPO por el foro**).

MARCIAL. – (**Sentándose a la mesa del Consejo**). No sé qué hacer.

LUZ. – ¿Qué te dijo el general?

MARCIAL. – Lo de siempre.

LUZ. – (**Acercándose a él, tristemente solícita**). ¿Vas a trabajar?

MARCIAL. – Ahora no. Quiero estar contigo unos instantes... Si hasta desearía que únicamente tú vivieras cerca de mí; no estrechar sino tus manos, no leer sino tus pensamientos.

LUZ. – ¿Te dejarán solo esta vez?

MARCIAL. – Todos, amigos y enemigos, tienen un deseo unánime: atarme las manos.

LUZ. – Lo presentí. Ojala que los hombres pudieran guiarse de veras como las ovejas. Los sueños se realizan a veces, amor mío. Aquí tienes lo que tanto soñaste: poderosos, adulados en un día de fiesta. Pero los que nos han traído hasta aquí se hallan muy lejos de apreciarte en lo que mereces. En torno tuyo no veo más que egoísmos, envidias, odios, fuerzas ciegas que has logrado encadenar a tu voluntad, y que al menor descuido, van a volverse contra ti.

MARCIAL. – Pero ¿por qué, por qué? ¿No ven al país en la miseria, en la anarquía? ¿No sienten que agoniza, que se derrumba?

LUZ. – Ya conoces este pequeño mundo. ¿Por qué te empeñas en ir adelante?

MARCIAL. – Yo no sé dar un paso atrás.

LUZ. – No digo que retrocedas; sino simplemente, que dejes ya la lucha, y les entregues a esos hombres la presa que codician, para que te dejen en paz.

MARCIAL. – ¿Crees que yo podría vivir en paz resignándome a una catástrofe como resultado de mis esfuerzo? No, Luz. Eso sería aceptar hasta el fin de mis días la conciencia de la derrota, la visión del fracaso. ¡No! Aunque no quisiera a mi pueblo como lo quiero, me bastaría pensar en ti; porque el amor que te tengo es como una fuente de bondad que quisiera inundarlo todo. Por eso, cuando todo me es adverso, cuando me viene el pesimismo, vuelvo los ojos a ti, como al punto de apoyo de mi voluntad, y pienso que mis luchas no han sido estériles, que han servido al menos para dignificar nuestro cariño, para imponerlo a todo el mundo, hasta a los mismos que en otra época quisieron hacerle el vacío.

LUZ. – ¿Y crees que a través de la adulación de hoy no adivino yo siempre el odio contenido, que se desahoga murmurando a nuestra espalda (**Silencio que deja adivinar en ambos un vivo pesar**). Pobre amor mío. A veces pienso si no seré yo tu mala sombra. Quizá hubiera sido mejor huir de ti desde un principio, sin truncar tu antigua vida. Tal vez de ese modo, sumiso a tus tradiciones, contra las cuales te empeñaste en guerrear, tu triunfo en la vida hubiera sido más firme, menos tormentoso.

MARCIAL. – ¿El triunfo sin ti?... ¿Para qué?

LUZ. –....No me des tanta importancia... Si a veces hasta temo que en el fondo... muy en el fondo de tu alma... me odies.

MARCIAL. – (**Optando por una sonrisa**).. ¿Hasta allá iría tu pesimismo?

LUZ. – ¿Por qué no? El amor sencillo, puro, es privilegio de los que viven rutinariamente. Cuando la persona querida nos trae consigo muchas complicaciones, es tan fácil odiarla y adorarla a la vez.

MARCIAL. – Parece que tú sino fuera el temor. Tú sigues nuestra estrella accidentada, pero siempre temblando de miedo,

LUZ. – No me censures. Mi pesimismo no te ha sido del todo inútil. Mientras tú lucillas confiando demasiado en ti mismo, en tus propias fuerzas, yo me consagro a ver en torno tuyo el peligro, a mostrártelo, a presentirlo... Niega que en la vida te han servido siempre mis presentimientos.

MARCIAL. – Es verdad.

LUZ. – Pobre amigo mío.

MARCIAL. – (**Extrañado**). ¿Amigo?

LUZ. – (**Cariñosa, esforzándose en parecer sincera**). Mi marido...

MARCIAL. – Lo dices con no sé qué tono de incertidumbre.

LUZ. – ¿Cuándo he podido llamarte así con la sana alegría de otras mujeres?

MARCIAL. – ¿Dudas entonces que yo lo sea?

LUZ. – . Te he dicho que no; pero sin embargo, siempre siento al rededor mío algo así como una muda protesta... Pienso en tu madre... en Clara.

MARCIAL. – ¿No podrá en ti a veces, más que el amor, más que la razón, algún otro sentimiento que me ocultas?

LUZ. – (**Sorprendida**). ¿Ocultarte? ¿...Yo?

MARCIAL. – Sería tan fácil que tu predisposición al miedo y tu pobre voluntad dejan renacer en ti ciertos temores ancestrales... Que te desconcertaras.

LUZ. – Te lo hubiera dicho.

MARCIAL. – (**Profundamente cariñoso, suplicante**). Por el amor que me tengas, nunca me ocultes nada. Si hay algo que justifique todos los sacrificios que ha costado nuestro cariño, es la comunidad de ideas y sentimientos en que vivimos. Cualquier reserva podría romper esa armonía... Cuando sientas que tu conciencia no se basta a sí misma, refúgiate en mí, como yo lo hago contigo.

LUZ. – ¿Cuándo no he sido tuya, completamente tuya?

MARCIAL. – Sin embargo... me parece notar que las visitas del prelado dejan siempre en ti una honda tristeza, que en vano procuras disimular...

LUZ. – ¡Oh no!

MARCIAL. – Cuando él viene, siento que te alejas de mí un poco.

LUZ. – Fantasías.

MARCIAL. – ¿Nada puede él en tu ánimo?

LUZ. – No sé por qué, él acierta a venir el día que más preocupaciones tienes.... Y es natural... Una coincidencia... Tú sabes cuánto me atormenta el temor de que la fatiga te enferme; cuánto sufro con tus desvelos, que nadie agradece... Hoy sobre todo, con la expectativa de una nueva crisis.

MARCIAL. – Todavía me quedan fuerzas; no te preocupes. Saldré adelante. Impondré mis reformas. Acabare con esta falsa idea de la libertad, que no reconoce derecho ajeno, ni interés público Al fin y al cabo, solo hay un

inconveniente que pudiera considerarse como grave, la cartera de guerra, Los únicos dos hombres que me inspiran absoluta confianza son: un retrógrado... y un gran desencantado.

LUZ. – ¿Dos hombres nada más?

(El público debe notar que LUZ dice esta frase mientras se inicia en ella una cruel lucha interior).

MARCIAL. – Busca otro: no lo hallarás,

LUZ. – ¡Hay tantos!

MARCIAL. – Pero... ¡un prestigio!... ¡Y para un cargo tan delicado! Di ¿quién? ¿quién?

LUZ. – *(Vacilando como una balanza)*... EL... el general... Paz, por ejemplo.

MARCIAL. – *(Sorprendido, mirándola de hito en hito)*. ¿Crees tú?

LUZ. – *(Luchando par dominar su inquietud)*. ¿Por qué no?

MARCIAL. – Siempre me ha inspirado desconfianza... No tengo motivo para ello; pero... No sé... Sospecho en él al político egoísta.

LUZ. – . – ¿Y quién no lo es?

MARCIAL . – Quiero decir, al oportunista, que ambiciona más de lo que merece, .Paz, Paz,... *(Reflexiona)*. . ¿Por qué has pensado en él?

LUZ. – Lo he visto siempre al lado tuyo... Dicen que es hombre de talento... Ha ocupado tantos ministerios...

MARCIAL. – Sí. Pero para un cargo tan delicado en estos momentos.

LUZ. – *(Cuya balanza espiritual se inclina fuertemente al lado de Marcial)*. En fin: pensemos en otro.

MARCIAL – ¿Tienes fe en tu indicación?

LUZ. – . – No sabría decirte. *(Su desconcierto es ya imposible de disimular)*.

MARCIAL. – ¿Que te hace creer que el. ?... Pero no te emociones. Estas cosas hay que resolverlas con serenidad. Deja el miedo alguna vez a un lado. Reflexiona un poco.

LUZ. – . – Pero... mis pobres reflexiones... ¿Cómo puedo saber más que tú en estos asuntos?

MARCIAL. – ¿Qué presientes, al menos?

LUZ. – No sé... (**La fuerza extraña inclina un poco la balanza al lado opuesto**). Quizá desde el momento en que te lo he aconsejado...

MARCIAL. – (**Impulsivo**). Bien, (**Toca la campanilla**).

LUZ. – (**Sobresaltada**). ¿Qué vas a hacer?

LUZ. – . – ¿Tan pronto?

MARCIAL. – No hay tiempo que perder.

LUZ. – ¿Y si me equivoco?

MARCIAL. – Siempre les he tenido fe a tus presentimientos.

LUZ. – (**Aterrorizada**). Piénsalo bien... No te sigas siempre por mí. No quiero asumir tan grave responsabilidad... Reflexiona un poco,... Mejor es que no, que no.

EL SECRETARIO. – (**Se asoma a la puerta del foro**).

SECRETARIO. – ¿Excelencia?

MARCIAL. – (**Tras breve cavilación**). Espere usted fuera un momento.

(**Mutis del SECRETARIO**).

MARCIAL. – Dime...

LUZ. – Mejor es que no lo llames.

MARCIAL. – ¿Por qué?

LUZ. – Te lo diré luego.

MARCIAL. – ¿Pero por qué? ¿Por qué no ahora?

LUZ. – No te precipites, al menos. No lo llames hoy mismo. Domina un poco tus impulsos

. MARCIAL. – Trata de recordar. ¿Nadie ha elogiado, nadie ha nombrado al General Paz delante de ti?

LUZ. – (**Fingiendo repasar sus recuerdos**). Espera...

MARCEL. – Sí. Procura recordar.

(En ese momento, LUZ quisiera confesar la verdad; pero comprende que su alma, con las debilidades que oculta, con el miedo ancestral que la vence, quedaría vergonzosamente desnuda ante Marcial. Domínala ese pudor espiritual que sienten los débiles ante los seres que aman, tanto por temor de herir como por el de ser heridos).

LUZ. – Francamente... es difícil responder, porque....

MARCEL. – Quiero decir, últimamente... en estos pocos días

LUZ. – Creo que no.

MARCEL. – *(Enérgico).* ¿Crees... o estás segura?

LUZ. – Estoy segura.

MARCEL. – *(Toca resueltamente la campanilla).*

(En ese mismo instante se oyen fuera los acordes del himno nacional de Tartuja).

EL SECRETARIO reaparece.

SECRETARIO. – ¿Excelencia?

MARCEL. – Vaya usted a buscar al General Paz y regrese con él.

SECRETARIO. – Esta bien, Excelencia. *(Va a retirarse, pero antes de dar media vuelta se dirige de nuevo a Marcial, con cierta timidez).* ¿Excelencia?

MARCEL. – *(Impaciente).* ¿Qué hay?

SECRETARIO. – Ya comienza el desfile de las escuelas.

MARCEL. – Está bien. Vaya Ud.

(Mutis del SECRETARIO).

LUZ. – *(Cadavérica, temblorosa).* ¿Vienes?...

MARCEL. – *(Con gesto de cansancio, de hastío, pero sin dar importancia a la enorme turbación de Luz).* Si. *(La toma del brazo)...* Dejemos ya a los hombres... y vamos con los niños...

(Los dos desaparecen lentamente tras un cortinaje, como dos encarnaciones del dolor, mientras el telón cae muy lentamente).

Si no pareciera extemporáneo, trivial, o ajeno al interés dramático, el telón puede ir cayendo mientras voces de niños inocentes, sin ningún color emotivo, entonan las estrofas del himno nacional de Tartuja.

Al efecto, puede servir el de cualquier nación indo hispánica donde haya obispos, generales y mujeres. El de Colombia, por ejemplo:

¡Oh, gloria inmarcesible! ¡Oh, júbilo inmortal! Que en surco de dolores El Bien germina ya El BIEN germina ya. y la palabra BIEN llevará un calderón en que se sienta que el concierto infantil obedece a la batuta de una rutinaria maestra de escuela.

ACTO CUARTO

La misma decoración del acto anterior.

(Sentado a la mesa, al fondo, MARCIAL, con gesto de sumo cansancio, de completa desilusión. En torno suyo, vestidos de levita y corbata azul de plastrón, cuatro ancianos llamados: MELO, FRASCUELO, CORCHUELO y MOCHUELO En uniforme militar, EL GENERAL PAZ)

MARCIAL. – *(En tono que deja adivinar un gran aburrimiento)*... Y como mi partido no transige, y resulta también imposible formar un gabinete de cooperación nacional que salve al país, he resuelto, con mi Copartidario el General Paz, considerar la propuesta de ustedes.

FRASCUELO. – Gracias, Excelentísimo Señor.

CORCHUELO. – Gracias, Excelentísimo Señor.

MELÓ. – En lo que mis humildes agradecimientos puedan valer...

MOCHUELO. – *(Con voz cascada)*. Dios se lo pague.

MARCIAL. Ustedes estarán de acuerdo conmigo en que la situación es gravísima,

FRASCUELO. – ¡Gravísima!

CORCHUELO. – ¡Gravísima!

MOCHUELO. – ¡Gravísima!

MELÓ. – ¡Gravísima!

MARCIAL. – Es preciso que la libertad termine allí donde comienzan el interés público y el derecho ajeno; que exista un eje de acción y pensamiento.

MELO. – Muy bien.

FRASCUELO. – Muy bien.

CORCHUELO. – Muy bien.

MOCHUELO. – Muy bien.

MARCIAL. – Quedan dos caminos: la catástrofe o la regeneración.

MELÓ. – La palabra está muy bien empleada: regenero, regeneravi, regeneratum. Verbo activo que significa revivir, restablecer lo destruido.

FRASCUELO. – Así debe ser,

CORCHUELO. – Así debe ser.

MOCHUELO. – Así debe ser.

MARCIAL. – No llamo, pues, un partido a colaborar. Llamo un grupo de patriotas.

FRASCUELO. – La Patria ante todo.

CORCHUELO. – Ante todo.

PAZ. – Yo soy de esa opinión. Yo he dicho siempre eso.

MARCIAL. – Estudiemos, pues, la forma de llegar a un acuerdo.

FRASCUELO. – Nosotros estamos dispuestos a secundar a Su Excelencia.

CORCHUELO. – A secundarlo.

MELO. – Todo depende de que Su Excelencia se digne aceptar ciertos puntos... ¿Cómo diremos?

FRASCUEOO. – Ciertos puntos indiscutibles.

CORCHUELO. – Indiscutibles.

MELÓ. – ¡Sine qua non!

MARCIAL. – Veamos...

FRASCUEOO. – Seguros como estamos de los buenos propósitos de Su Excelencia, no dudo que nuestra Santa Religión será considerada como la oficial de la república.

CORCHUELO. – Como la oficial de la república.

MARCIAL. – Ella lo es en principio, y todo pueblo necesita alimentar una fe.

MELO. – Perdón, Excelentísimo Señor. Una fe no: La Fé. En este caso es indispensable aplicar el artículo definido femenino singular.

MARCIAL. – Muy bien, doctor Melo. La Fe de nuestros mayores. Que sea bienvenida de nuevo a las leyes de la república si trae como siempre su hermoso espíritu de sacrificio, su gran fuerza sentimental, su culto de belleza, Lejos están ya los días de Torquemada para que la más bella de las creencias pueda ser obstáculo en nuestro afán de salvar a Tartuja.

FRASCUELO. – En consecuencia, supongo que no habrá inconveniente en conceder el exequáтур al representante del Sumo Pontífice.

MARCIAL. – Ningún inconveniente. Y si ustedes quieren, lo haremos con solemnidad. El discurso de recepción será en italiano....

MELÓ. – Si Su Excelencia me lo permite, yo diría que en latín que es el idioma oficial del Vaticano. Y en este sentido, aunque nada valga mi humilde colaboración...

MARCIAL. – La acepto orgulloso, doctor Melo. Haremos algo inmortal, se lo aseguro a usted. Algo que lo lleve al poder.

MELÓ. – ¡Yo no merecería tanto!

FRASCUELO. – ¿Por qué no?

CORCHUELO. – ¿Por qué no?

MOCHUELO. – Sí Dios lo tiene así dispuesto...

FRASCUELO. – Por lo tanto, y como medida preventoria, ruego a Su Excelencia se digne firmar este decreto, que permite el regreso al país a todas las comunidades religiosas extranjeras... (**Le presenta el pliego**).

MARCIAL. – (**Examinándolo con humorística curiosidad**). No está mal como plan de inmigración.

FRASCUELO. – Y entraríamos naturalmente a estudiar la forma de reconocerles daños y perjuicios en las expropiaciones.

MARCIAL. – (**Receloso**). En cuanto a eso...

MOCHUELO. – En este punto no nos es posible ceder un... un... un...

MELÓ. – Diga usted "apice", general, y así evitirá usted la redundancia .

MOCHUELO. – En este punto no nos es posible ceder un,... "ápice" (a Meló). Dios

se lo pague. A usted nunca le faltan recursos.

MARCIAL. – Le haremos Ministro de Hacienda.,

FRASCUELO. – Y decían los pacificadores españoles que el país no necesitaba sabios.

CORCHUELO. – Que no necesitaba sabios.

MELO – (**Ofendido en su modestia**). ¡No es para tanto!

MOCHUELO. – Dios se lo pague.

FRASCUELO. – Hay también algo muy delicado, Excelencia: La Instrucción Pública.

CORCHUELO. – La Instrucción Pública.

FRASCUELO. – (**Maligno**). Esto de que sea obligatoria, va contra la misma libertad que defienden los progresistas,

CORCHUELO. – (**Sonriente**). Contra la misma libertad.

MOCHUELO. – Así es.

MELÓ. – (**Se limita a sonreír y a cambiar miradas de inteligencia con sus colegas, como quien conoce todos los vericuetos de la lógica**).

FRASCUELO. – No hay que obligar a nadie. Vayamos poco a poco, sin festinar los acontecimientos.

CORCHUELO. – Sin festinar los acontecimientos.

MELO. – Poco a poco se va lejos.

MOCHUELO. – Qui va piano, va sano; qui va sano, va lontano.

MARCIAL. – No entremos a discutir ese punto, puesto que ahora no se trata de teorías, sino de hechos.

PAZ. – Eso digo yo. Yo estoy por los hechos.

MARCIAL. – ¿Qué más da que sea obligatoria o no, si su presupuesto es irrisorio?

FRASCUELO. – Pero sí es indispensable que los pocos maestros que puedan pagarle hagan pública profesión de Fe.

CORCHUELO. – Que hagan pública profesión de Fe.

MOCHUELO. – Solo así puede conseguirse que las nuevas generaciones obedezcan a un eje de acción y pensamiento, como lo desea tan patrióticamente Su Excelencia. Confiémosle a la escuela el porvenir de Tartujo. Lo que hoy se siembre en las aulas, se cosechará mañana en la vida pública sin esfuerzo ninguno. Ya lo verá Su Excelencia. Dentro de unos años, no habrá político de renombre que no exprese su sumisión a la Santa Sede Apostólica.

MARCIAL. – Sobre todo en los discursos...

PAZ. – Yo haría una aclaración.

MARCIAL. – No, General. Lo que usted debe hacer es declarar a San Francisco de Asís Generalísimo de los ejércitos nacionales.

FRASCUELO. – Hallo poco culto de parte de Su Excelencia que se permita ironizar al redentor del título que dimos al señor del Picacho en la última guerra para poner bajo su protección nuestros ejércitos.

MARCIAL. – Quizá por eso perdieron ustedes el lance. Fue un error técnico; porque a Jesús, que es todo amor, nunca le inclinó la milicia.

FRASCUELO. – Mas vale confiar en El demasiado que entregarse a los excesos de la profanación. Me permito recordar a Su Excelencia que sus tropas se acuartelaban en las iglesias y ponían a los santos de centinelas.

CORCHUELO. – De centinelas... (**Furioso**). Yo vi un San Antonio a quien le quitaron el niño para echarle un fusil al hombro.

MELO. – (**Suspicaz**). Y no era un prodigo de técnica que lo dejaran haciendo guardia para irse a beber.

MOCHUELO. (**Con santa indignación**). Yo tuve que dirigir una escaramuza a fin de rescatar a San Sebastián, porque lo tenían de blanco para instruir a los reclutas.

MARCIAL. – (**Dominando con su voz**). No miremos atrás. Eso momifica.

(**Los tradicionalistas quedan como momias. Una pausa**).

MELO. – ¿En qué íbamos?

MARCIAL. – En punto y ápice, doctor.

FRASCUELO. Por añadidura, como el acto civil y el sacramental se identifican, y lo divino prevalece sobre lo humano, será forzoso reconocer la inutilidad del Registro Civil, que quedara en un todo reemplazado por los libros parroquiales.

MARCIAL. – Admirable... para el renglón de economías.

FRASCUELO. – Y en consecuencia ...

.(Los tradicionalistas cambian miradas de prevención. Han llegado al punto capital, y se preguntan quién llevará la palabra).

MELÓ. – (**Categórico**). El matrimonio, Excelencia, será indisoluble... y anulará ipso jure todo vínculo civil contraído anteriormente.

MARCIAL. – ¿No hay nada más?

FRASCUELO. – Substancialmente no.

CORCHUELO. – Substancialmente no.

MELO. – Quizá accidentalmente...

MARCIAL. – Olvidan ustedes algo sustancialísimo.

MELO. – Nadie está exento de error.

FRASCUELO. – Nadie está exento.

CORCHUELO. – Nadie está exento.

MOCHUELO. – Nadie.

MARCIAL. – ¡Olvidan ustedes a su humilde servidor!. Según esos proyectos, mi hogar, que puede servir de ejemplo a muchos otros, y que hasta hoy ustedes y sus señoritas han festejado, respetado y adulado, quedará fuera de la ley. Desconcierto momentáneo de los tradicionalistas.

..

FRASCUELO. – Eso ya sería asunto de interpretación.

CORCHUELO. – De interpretación.

MELÓ. – Eso es ya hilar muy por lo fino...

FRASCUELO. – Además, nada le impediría a Su Excelencia ponerse bajo el amparo de la nueva ley.

CORCHUELO. – De la nueva ley.

MOCHUELO. – Puesto que hace pocos días Dios quiso que su primera esposa...

MARCIAL. – Supongamos que llenara yo una fórmula. Tal cosa no modificaría mis convicciones: y por culpa de ellas, yo que les llamo a ustedes para enseñarles a legislar, no podré ser en adelante maestro de escuela.

FRASCUELO. – Su Excelencia viene de una familia que no le acredita como enemigo de la Fe.

MOCHUELO. – Su Excelencia es de los nuestros.

CORCHUELO. – De los nuestros... aunque lo niegue por un inexcusable respeto humano.

FRASCUELOP. – Por un inexcusable res...

MARCIAL. – (**Con serena energía**). ¡Basta! (**Se pone en pie**).

Señores: al convocarlos a ustedes, pensaba yo que los partidos evolucionan en la oposición, estudian la manera de reaccionar adaptándose a todas las necesidades modernas. Pero ustedes no solo han permanecido estacionarios, sino que retroceden dos siglos.

FRASCUELO. – Si Su Excelencia se sentía tan distanciado del tradicionalismo, no comprendo qué objeto ha tenido en convocarnos .

MELO. – Eso pienso yo.

CORCHUELO. – Y yo.

MOCHUELO. – Y yo.

MARCIAL. – Comprendo la tradición mejor que ustedes. Soy aquí ahora su verdadero, su único representante, aunque no sea el tradicionalismo lo que ha trazado a mi vida una línea de conducta.

MELO. – Su Excelencia confiesa al menos que ha cometido un error...

(**Regocijo de los tradicionalistas**).

MARCIAL. – No, porque nunca he creído que el bien y el mal puedan separarse como si fueran una gota de agua y otra de aceite. Todas las tendencias son buenas y se equilibran mutuamente. Siempre habrá un impulso que libera y una prudencia que conserva. Cuando me dejé guiar por los entusiasmos juveniles, batallé contra muchos prejuicios. Ahora deseaba emprender con ustedes una tarea complementaria: estudiar la consistencia de lo que ha quedado en pie, de cuánto resistió al empuje de los anhelos libertarios, y derivar de ahí sólidos principios, Pero ustedes creen que defender la tradición es apuntalar muros vencidos que están a punto de derrumbarse.

MELÓ. – Veo que estamos muy distanciados.

FRASCUELO. – Muy distanciados.

CORCHUELO. – Muy distanciados.

MOCHUELO. – Solo Dios sabe.

PAZ. – Yo... En cuanto a mí... Yo opino de otro modo. Yo aconsejaría un poco de tolerancia. Yo creo que nos sería posible llegar a un acuerdo, en el que yo...

MELÓ. – ¿Su señoría quiere decir "acuerdo", o "transacción"? Porque no es lo mismo: Trans. – actus, que habla de "actos", no es lo mismo que ad. – cordis, de cor, cordis, corazón.

MARCIAL. – Otra cosa sería Tartuja, doctor Melo, y esos dos términos llegarían a identificarse, si en todos nuestros actos pusiéramos mucho corazón.

MOCHUELO. – Nosotros no podemos ceder un ápice en ningunos de estos... de estos... "puntos". (**Mira a Melo, quien le hace una venia aprobatoria**).

MARCIAL. – No hay más qué hablar.

MELÓ. – Vuelva Su Excelencia de nuevo los ojos a su partido.

FRASCUELO. – Así es.

CORCHUELO. – Así es.

MOCHUELO. – Así es.

MARCIAL. – Si fuera forzoso desfallecer, seguiría con los otros. El programa de ellos al menos se descompone por exceso de madurez. El de ustedes está verde y ya quiere podrirse.

(**Los tradicionalistas cambian miradas de mutuo acuerdo, como para decir: "No hablemos más. Ya estamos suficientemente ilustrados**)...

FRASCUELO. – Me retiro, con el permiso de Su Excelencia.

MELÓ. – Y yo.

CORCHUELO. – Y yo.

MOCHUELO. – Quede con Dios Su Excelencia.

MARCIAL. – No se irán ustedes antes de aceptarme algo... (**Les ofrece una caja de habanos**)... Son puros legítimos.

(**Cada tradicionalista toma un cigarro, le da vueltas entre el dedo gordo y el índice, lo huele, lo guarda en el bolsillo de la levita y estrecha fríamente la mano de MARCIAL**).

FRASCUELO. – Gracias, Excelencia.

CORCHUELO. – Gracias, General.

MELO. – Gracias, Doctor.

MARCIAL. – Ese es el título que más me enorgullece. Doctor fui en diez años, General en un día, Excelencia en una farsa electoral. Usted, general Mochuelo.

MOCHUELO. – Dios se lo pague.

(*Mutis de la comisión tradicionalista*).

MARCIAL. – (Festivo). Fracasamos, General Paz.

PAZ. – Yo lo preví, yo lo preví.

MARCIAL. – Ahora solo nos queda un camino: gobernar solos.

PAZ. – . – Yo sería de esa opinión. No obstante, yo, en el caso suyo, General...

MARCIAL. – No cavilemos. La carta está echada.

PAZ. – Pero yo creo...

MARCIAL. – ¿qué?

PAZ. – Yo opinaría que antes de tomar una determinación definitiva, buscáramos alguna otra colaboración. No es conveniente apoyarnos tan solo en la fuerza armada.

MARCIAL. – No. No más hojarascas, no más discusiones. Más puede una voluntad que mil hombres sin ella. A proceder por nuestra cuenta y riesgo.

PAZ. – No sé si en el estado en que se halla la opinión pública... Con los ánimos tan exaltados... Hoy mismo tuve que disolver un mitin de tradicionalistas y otro de progresistas, que estuvieron a punto de irse a las manos.

MARCIAL. – Basta ya de gritos, y de discursos y de editoriales. Muéstrelle usted un cañón a los amotinados, una mordaza a la prensa y un grillete a cada orador. A proceder con mano fuerte.

PAZ. – Yo no sé qué decir...

MARCIAL. – ¿Cuento con usted?

PAZ. – . – Ya sabe usted que soy su admirador y partidario más decidido, quizá el único leal. Temo tan solo que cualquier medida rigurosa pueda llevarnos a graves excesos.

MARCIAL. – ¿No hay temor a irregularidades en la disciplina?

PAZ. – En absoluto. Le he prestado especial atención.

MARCIAL. – ¿Está usted seguro de todos los suyos?

PAZ. – Absolutamente seguro.

MARCIAL. – Recuerde usted que la cizaña nada respeta... ¿Entre los nombramientos que se han hecho en los últimos días?...

PAZ. – Yo respondo por ellos.

MARCIAL. Bien, bien. Sin embargo, nunca sobran las precauciones. Redoble usted el servicio de espionaje. La excesiva tranquilidad es sospechosa... Tenga usted lista su gente.

PAZ. – Esté usted tranquilo, General. Yo no me descuido; yo no me descuido.

MARCIAL. – ¿Cuántos hombres hay en la guardia del palacio?

PAZ. – Cincuenta. La he doblado mientras se calman los ánimos.

MARCIAL. – Bien, bien. No perdamos tiempo, General. Vaya usted a su despacho y elabore un decreto declarando turbado el orden público.

PAZ. – Está bien, General.

MARCIAL. – Y téngame usted al corriente de los más mínimos detalles,

PAZ. – Pierda usted cuidado, General. Yo estoy en todo.

(*Mutis de PAZ por el foro. Entra LUZ por la derecha*).

LUZ. – (*Ansiosa*). ¿No hubo acuerdo?

MARCIAL. – (*Sarcástico*). Ni "transacción".

LUZ. – (*Descorazonada*). Lo temí.

MARCIAL. – No sé por qué pensé que tal cosa era posible.

LUZ. – . – ¿No habrás procedido con precipitación?

MARCIAL. – Quizá exageré la ironía, y luego la sinceridad. Pero eso nada significa De todos modos hubiéramos llegado al mismo fin.

LUZ. – Y ahora, ¿qué piensas hacer?

MARCIAL. – Imponerme.

LUZ. – Pero... ¿cómo?

MARCIAL. – Le daré a este pueblo lo que merece: la dictadura.

LUZ. – ¿Un tirano tú? ¡Qué horror!

MARCIAL. – Dejaré al menos, sobre todas estas mezquinas ambiciones, el rastro de mi voluntad.

LUZ. – ¡Te asesinarán!

MARCIAL. – No importa.

LUZ. – Me ofendes, Marcial; me ofendes al hablar así, como si yo no contara para nada en tu vida.

MARCIAL. – Muy grande es el amor que te tengo, Luz. Pero ese amor ha sido siempre un acicate en mi carrera; nunca lo convertiría yo en un obstáculo.

LUZ. Piensa bien lo que haces. Recuerda que Tartuja nunca ha respetado tiranos.

MARCIAL. – Es verdad. Siempre acaban con ellos; pero no por espíritu público, sino por envidia.

LUZ. – Sea como fuere, ahora solo pienso en ti... Estoy cansada de tanta lucha, de tanto sobresalto... No, tú no harás eso, Marcial. Confíemos en que todo puede arreglarse. No pierdas tu serenidad.

MARCIAL. – Nunca he estado tan sereno como ahora.

LUZ. – Pero, ¿no se había convenido de antemano que ellos aceptaban tus reformas?

MARCIAL. – Sí, Como un disfraz para sus conveniencias.

LUZ. – Pero, de hecho, ¿qué te exigen?

MARCIAL. – (*Exaltado*). Ya es mucho que pretendan convertir la mentalidad del país en la horma de su zapato. Pero que se atrevan a insinuar siquiera de nuestro amor, que bien puede servir de ejemplo a todos ellos...

LUZ. – ¿Qué, que te han dicho?

MARCIAL. – ¡Debo ser el primero en acatar los prejuicios que yo mismo eché a tierra, que me impedían hacer de ti mi mujer, que asesinaron a mi madre!... ¡Oh, están locos!

LUZ. – (*Con gran calma*). Francamente, Marcial, no sé en qué consiste tu

serenidad. No veo el horror de lo que dices.

MARCIAL. – ¡Pero Luz!

LUZ. – ¿No estarás dando a las fórmulas mas importancia de la que ellas tienen? ¿No serás tú el intransigente?

MARCIAL. – ¡Te desconozco!

LUZ. – Si esto sucediera en otras circunstancias, viviendo Clara, tendrías razón para exaltarte; pero ya que esos señores están dispuestos a aceptarte como su jefe y que tú necesitas de ellos, ¿qué te importa llenar una fórmula que en nada modificaría la verdad de nuestro cariño?

MARCIAL. – No es la fórmula lo que me inquieta, Luz. El hecho, el hecho en sí sería una retractación de mis ideas, sería declarar mi vida entera como un error.

LUZ. – . – No te ciegues, amor mío. Reconoce que, entre todos los que piensan como tú, eres el único que se ha rebelado abiertamente contra ese prejuicio.

MARCIAL. – Porque fui el único capaz de demostrar que no lo necesito.

LUZ . – ¿Y si yo te lo pido?

MARCIAL. – (*Estupefacto*). ¿Tú?....

LUZ. – ¿Por qué no? Si en ello va tu tranquilidad... Cuantos de tus mismos copartidarios, que no creen en nada, lo han hecho así aun después de la revolución, solo por complacer a la mujer que quieren, por evitar escándalos.

MARCIAL. – Mis ideas no son de las que apaga una intriga doméstica. Por algo elegí en ti una compañera capaz de comprenderme. Si los demás tuvieran mi carácter, nuestro país no se ahogaría en lágrimas de mujer.

LUZ. – ¡Cómo te ciega el orgullo! Siempre has de ser tú quien tiene la razón... Marcial: no me atormentes así. No te compliques la vida dando a ciertas cosas más importancia de la que tienen. Estoy segura de que eso te elevará a los ojos de todas las personas sensatas. Los únicos que se atreverán a censurarte serán los mismos de siempre: lo que te envidian, los que no te comprenden, ¿Y eso qué te importa, si vas a salvar a tu país, si vas a defender tu vida, que para todos es preciosa?

MARCIAL. – (*Mirándola con mayor estupefacción aun*). ¡Me sorprendes!... Es extraordinario oírte hablar así. Tú, la mujercita vacilante, temerosa hasta en sus mismas reflexiones, resultas de pronto con una lógica tenaz, opuesta a tu manera de ser... Como si no fueras tú, sino otra persona quien hablara por tu boca.

LUZ. – (*Perdiendo su aplomo*). Es tanto lo que me desespera el peligro en que te

encuentras que... aunque no quisiera reflexionar...

MARCIAL. – No, no. Tu insistencia de ahora es algo nuevo en ti... hasta el punto de que, casi, casi me pregunto si, después de tantos años de vivir identificados, no es ahora cuando empiezo a conocerte.

LUZ. – (*Perturbada*). No me hables así, Marcial.... ¿Quéquieres decir?

MARCIAL. – En otros días de mayor peligro, aunque todo lo vieras negro, tus reflexiones eran siempre un eco de las mías. Nunca tratabas de convencerme. Más bien me hacías dudar. Ahora vienes contra mí, con argumentos categóricos, como si los hubieras aprendido de antemano.

LUZ. – ¿Dudas de mi sinceridad?

MARCIAL. – Dime francamente: ¿esa... "fórmula", como tú la llamas, te la aconsejan las conveniencias del momento, oquieres aprovechar esas conveniencias para disfrazar un escrúpulo que vienes hace mucho tiempo disimulándome?

LUZ. – (*Desconcertándose*). ¿Un escrúpulo?... ¡No!...

MARCIAL. – No lo niegues. Hace días que lo sospecho, que lo siento...

LUZ. – ¿No hago siempre todo lo posible para vivir de acuerdo contigo?

MARCIAL. – De ahí el temor que te causa la sola idea de sincerarte. Temes que eso pueda crearnos problemas.

LUZ. – (*Desvelando un poco su alma*)... Vas a formarte mala idea de mí...

MARCIAL. – No. Si todo puede arreglarse a base de sinceridad, de tolerancia. Lo grave no sería que pensáramos de distinta manera, sino que tratáramos de parecer lo que no somos para mantener entre los dos una falsa inteligencia... (*Breve silencio*). ¿Estoy en lo cierto, Luz?

LUZ. – No...

MARCIAL. – ¿Cómo explicar entonces esa atracción que ejercen en ti ciertas damas de la rancia sociedad tartujana, y la asiduidad del prelado que tanto proteges, cuyas visitas dejan siempre en ti una emoción que nunca se me escapa?....

LUZ. – Si vas a juzgar por las apariencias...

MARCIAL. – Confiésame la verdad. No creas que voy a censurarte... (*Paternal*). Dime: ¿la pícara fe dejó en tu alma raíces que ahora reviven?

LUZ. – No.

MARCIAL. – Dices "no" como contradiciendote a ti misma.

LUZ. – Porque... quizá puede haber en lo que tú piensas algo de verdad...

MARCIAL. – ¿Lo ves?

LUZ. – No lo que tú crees, sino... ¿Cómo explicarme?... Es un deseo muy natural de... No encuentro la palabra... de armonía, Si, eso es: un deseo de hallar cierta armonía sentimental con el medio en que vivimos; de transigir bondadosamente, para romper esa valla que nosotros mismos hemos puesto entre nuestro corazón y el de los demás...

MARCIAL. – No. Esa no es toda la verdad. Quizá ese fue el primer paso que diste: tu deseo de armonizar, de transigir, que en el fondo no es más que una flaqueza de carácter, un respeto a la opinión ajena.

LUZ. – Sosos tan pequeñas para pretender imponer la nuestra, en lucha contra todo.

MARCIAL. – Pero para que tú te expreses como lo has hecho ahora, con esa insistencia, con tanto afán y empeño en convencerme, tiene que haber algo más... Si, si. ¡Es claro! Comenzaste por armonizar y transigir con el medio y te has ido identificando con él... quizá sin tú misma darte cuenta... Y la valla que te separaba de los demás, ha ido surgiendo entre tú y yo.

LUZ. – (**Llorosa ya**). Te digo que no, que te equivocas.

MARCIAL. – Pero si te está denunciando tu inquietud... Si vas a llorar ya...

LUZ. – (**Desahogándose en llanto**). ¡Marcial!

MARCIAL. – (**Compasivo**). ¿Por qué no me lo habías dicho antes?

LUZ. – Porque... el temor de causarte una pena.

MARCIAL. – La pena me la causa el pensar que, mientras guardabas conmigo tanta reserva, a otros les habrás abierto el corazón...

LUZ. – Ah, no. ¡Eso no! Ni creas tampoco que se trata, como tú dices, de una simple flaqueza. Es algo más fuerte que mí misma, que todo raciocinio. Es la visión constante de las víctimas que ha costado nuestro cariño, el miedo al más allá...

MARCIAL. – ¡El miedo! ¡Siempre el miedo!

(**Entra EL SECRETARIO por el foro**).

SECRETARIO. – ¿Excelencia?

MARCIAL. – ¿Qué hay?

SECRETARIO. – ¡El general Pantoja! Desea verle sin pérdida de tiempo.

MARCIAL. – Que entre... (*A LUZ*). Déjame, pues, con él.

(*Mutis del SECRETARIO por el foro*). (*LUZ va hacia la derecha lentamente, llorando*).

LUZ. – Dime que no me guardas rencor.

MARCIAL. – Vete, vete... Luego hablaremos...

(*Mutis de LUZ por la derecha*). (*Entra PANTOJA por el foro, precipitadamente, con un pliego en la mano*).

MARCIAL. – ¿Y ese apremio?

PANTOJA. – Al grano, porque el tiempo corre. Esta vez soy yo quien viene a ofrecerse. Firme usted aquí. (*Le presenta enérgicamente un pliego*).

MARCIAL. – (*Leyendo, muy sorprendido*)... Me desconcierta usted.

PANTOJA. – Más vale tarde que nunca. Necesito esa cartera de guerra por veinticuatro horas. Pero sin discursos.

MARCIAL. – (*Receloso*). ¿Quién puede desearlo tanto como yo?....Pero no me explico esa precipitación... Hay que justificar la crisis...buscar pretexto para enviar al general Paz a otro ministerio.

PANTOJA. – A otro sitio menos grato vamos a enviarlo.

MARCIAL. – ¿A Paz?

PANTOJA. – ¡Es un traidor!

MARCIAL. – (*Muy emocionado*). ¿Cómo lo sabe usted?

PANTOJA. – Si usted no firma ya ese decreto, el desastre será inevitable.

MARCIAL. – Pero, ¿qué hay? ¿qué hay?

PANTOJA. – Que medio ejército está vendido, que le van a meter a usted dos balas en el cuerpo. ¿Le parece a usted poco?

MARCIAL. – (*Frunciendo el ceño y dominando su gran turbación*). Quiero saber ante todo en qué se funda usted para...

PANTOJA. – No hay tiempo de entrar en detalles. Firme usted, General.

MARCIAL. – No nos dejemos llevar del primer impulso Procedamos con toda la rapidez que usted quiera, pero con prudencia... Vamos a llamar al general Paz.

PANTOJA. – No vendrá. No se haga usted ilusiones.

MARCIAL. – Tendremos ya una disculpa para proceder contra él.

PANTOJA. – (**Desesperado**). Le repito que el tiempo apremia, ¡Su firma! O me iré convencido de que usted se pasa también al enemigo con armas y bagaje.

MARCIAL. – (**Tras breve vacilación**). Está bien, General... (**Firma el decreto**)... Aquí tiene usted... Si el problema es tan grave, corra usted a salvar la situación.

PANTOJA. – En cuanto a salvarla, lo dudo, porque no presumo de redentor. Pero no seré yo quien se vista de azul hasta la coronilla. ¡No hombre! Todo lo que suceda me importa un comino, menos eso. Si los enemigos quieren el poder, que se tomen el trabajo de reconquistarlo cuerpo a cuerpo. Bien cara nos costó la revolución.

(*Oyense disparos lejanos*).

MARCIAL. – ¿qué?

PANTOJA. – ¿Disparos?

MARCIAL. – Eso creo.

(*Se repiten las detonaciones*).

PANTOJA. – Es por los lados del cuartel de infantería.

MARCIAL. – (**Toca rabiosamente la campanilla**).

(*Aparece al foro EL SECRETARIO*).

SECRETARIO. – ¿Excelencia?

MARCIAL. – Que suba inmediatamente el oficial de guardia.

(*Mutis del SECRETARIO*).

PANTOJA. – Ojala no sea tarde.

MARCIAL. – ¡Pobre país! (**Cae vencido en una silla, con la cabeza entre las manos**).

PANTOJA. – Eso mismo digo yo: pobre país. Pero con una diferencia que cuando usted tropieza y pierde el equilibrio, yo me pongo en pie Eso prueba que en esta

tierra es perjudicial darse prisa. Es mejor dormir con un ojo abierto y otro cerrado. Así resulta más fácil ver por donde viene el enemigo, y nos sobran brios para pararle el golpe.

(Entra el OFICIAL DE GUARDIA, seguido del SECRETARIO).

OFICIAL. – ¿Excelencia?

MARCIAL. – ¿Oyó usted los disparos?

OFICIAL. – No, Excelencia.

PANTOJA. – ¿Cuantos hombres hay en la guardia?

OFICIAL. – Los cincuenta de servicio, General... Y cincuenta de relevo que acaban de llegar.

PANTOJA. – *(Al Secretario).* Que aguarde el relevo. Necesito aquí esos cien hombres.

(Mutis del SECRETARIO).

OFICIAL. – *(A Marcial).* ¿Ordena algo su Excelencia?

PANTOJA. – *(Al oficial).* ¿Usted es de los que se van, o de los que se quedan?

OFICIAL. – *(Algo turbado)*... De los que se quedan, General.

PANTOJA. – *(Imperativo).* ¡Ponga usted ahí las armas!

OFICIAL. – *(Algo arisco).* ¿Por qué, General?

PANTOJA. – Soy el ministro y no tengo que darle a nadie explicaciones. ¡Pronto! *(Le amenaza con una pistola).*

OFICIAL. – *(Amedrentado).* Está bien, General. *(Se quita el sable, y coloca la pistola sobre la mesa).*

PANTOJA. – Ahora vamos a cortar por lo sano, cueste lo que cueste... *(Al oficial).* Usted por delante, mi amigo.

(Salen EL OFICIAL Y PANTOJA por el foro. Oyese fuera un bullicio. A lo lejos continúan los disparos).

MARCIAL. – *(Demudado, colérico precipitándose a la derecha).* Luz! ¡Luz!... ¡Acá!

(Entra LUZ por la derecha, medrosa y demacrada).

MARCIAL. – (**Colérico**). ¿Por qué me insinuaste al general Paz?

LUZ. – (**Aterrorizada**). ¿Qué sucede?

MARCIAL. – ¿No lo comprendes?... ¿No lo estás oyendo?..

(**Los disparos se acercan poco a poco con clamoreo de turba**).

LUZ. – (**Acobardada**). No...

MARCIAL. – ¿Quién te mandó a que me propusieras ese hombre?

LUZ. – Pero... Nadie... Te advertí que no me hacía responsable... Te dije que reflexionaras.

MARCIAL. – . – ¡Si estoy viendo claramente la verdad! ¿Para qué mientes?

LUZ. – ¡Por Dios! ¿Qué estás imaginando?

MARCIAL. – (**Exasperado**). Que tú, y la otra, y todas, todas son iguales. Que es absurdo, ridículo, pretender elevarlas de su nivel. Ya lo estás viendo: ¡Otra vez la guerra!... ¡Por tu culpa.... Destruyes de un golpe toda mi obra, todo mi esfuerzo para dignificarte a los ojos de los demás.

LUZ. – (**Desesperada**). Pero, ¿qué he hecho yo? ¿Qué he hecho yo?...

MARCIALj. – ¡Resulta increíble! Huyo de la otra buscando en ti a la mujer comprensiva, consciente, leal... ¿Y qué resultas ser?... ¡Su más trágica, su más grosera reproducción!

LUZ. – ¿Por qué me insultas de ese modo? ¿Cómo puedes pensar por un instante que yo haya tenido la menor intención de hacerte daño?

MARCIAL. – No lo habrás hecho deliberadamente; pero estoy seguro de que no fue una simple intuición lo que te indujo a aconsejarme a ese miserable. En esto has sido el instrumento de una intriga.

LUZ. – ¡Qué horro!! ¿Por qué hablaría yo?

MARCIAL. – Tú no procediste ahí por cuenta propia; pero sí influenciada, sugestionada...

LUZ. – No me atormentes, no me desesperes. ¿Qué entiendo yo de todas esas complicaciones? Puedo haber cometido cualquier error; pero por grande que sea, no veas en él sino el deseo de hacerte bien, el amor inmenso que te tengo.

MARCIAL. – No vengas ahora a escudarte con el amor. Otra cosa sería que te hubieras limitado a transigir con el medio hasta por cobardía, a considerarte equivocada, a decírmelo, a gritármelo. En tu sinceridad solo habría yo visto

honradez, y hubiera creído en tí lo mismo que siempre. Pero que te conviertas en un ciego instrumento del medio, de este medio que te ultrajó y te despreció cuando te creía indefensa, para volverlo contra tu mismo cariño, contra mí...

LUZ. – Seré todo lo que tú quieras: una loca, una inconsciente, una criminal. Pero no pongas en duda mi amor. Eso no. Marcial Ahora la cólera te ciega; pero tú sabes muy bien que un amor como el mío nadie más te lo hubiera dado.

MARCIAL. – ¡Tu amor! ¿Qué ha sido en el fondo sino curiosidad, vanidad, capricho de mujer, egoísmo al fin?

LUZ. – ¡Ah! ¿Eso es lo que tú crees?

MARCIAL. – ¿Acaso me has comprendido nunca?... Fingiste hacerlo, eso sí, por coquetería. Ese era el disfraz para atraerme, para ofuscarme... Al quererme tanto como dices, te habrías dado cuenta de tu pequeñez, me hubieras dejado tranquilo en mi antigua vida, sin crearme problemas, sin provocarme tanta tragedia.

(Una pausa dolorosa, que precisa el estallido de los disparos).

LUZ. – (**Llorando con la más honda amargura**). Está bien... Yo sabía que este momento iba a llegar... que algún día ibas a echarme todo en cara.

MARCIAL. – (**Exaltándose más aun**). ¿Y qué quieres que haga? ¿Que me cruce de brazos....? ¿Que sonría?... ¿Que te declare una mujer superior?

LUZ. – ¿Qué me importa ser la última, la más insignificante de todas? Eso nunca me ha preocupado, ni tampoco me detuve mucho a pensar si verdaderamente estaba de acuerdo o no contigo. Muy poco me importan en el fondo tus ideas, tus ambiciones, tus grandes proyectos. Solo sé que desde el día en que te ví por primera vez fuiste para mí el hombre que quise, que adoré ciegamente. Todos los demás me parecían pequeños a tu lado; no porque yo fuera una mujer superior, sino porque, al fin y al cabo, me había educado en otro ambiente y me hacía falta esa manera de sentir, esa elevación espiritual que solo tú me podías ofrecer. Mi única ambición era vivir junto a ti. Y te hubiera querido mío sin tanto problema, sin tanta lucha, sin tanta ansiedad... Debí renunciar del todo a tu cariño.

MARCIAL. – Mejor hubiera sido.

LUZ. – Ah, Marcial. ¿Por qué me hablaste? ¿Por qué rompiste tú mismo el encanto de aquel afecto nuestro tan íntimo? Qué bello hubiera sido callarlo siempre para que nada pudiera herirlo: ni nosotros, ni el medio en que vivíamos, ni el tiempo, ni la ausencia... Recuerda que más tarde te lo dije: me conformo con quererte en silencio, sin hacer mal a nadie.

MARCIAL. – (**Sarcástico**). ¡Sin hacer mal a nadie! ¡Bien se han cumplido tus deseos!

LUZ. – ¡Me crees tan fuerte para haber renunciado a ti del todo, sin la menor

lucha, sin la menor protesta de mi corazón?.... No me culpes, Marcial... Reconoce que ambos fuimos débiles... Además ¿qué culpa tengo yo de que la vida, que para ti está llena de ambiciones y de orgullo, para mí no haya tenido más objeto, más preocupación que tu amor? Dime; si te he hecho daño inconscientemente, ¿no es sobrada excusa el desconcierto, el sobresalto en que siempre he vivido?... Marcial: reflexiona, piensa bien en lo que te estoy diciendo y reconocerás que no merezco tus insultos... Mírame... Mírame sin cólera... aunque sea sin amor. . Con un poco de lástima... No pienses tanto en ti mismo... Ahoga un poco tu vanidad... Piensa que si la vida ha sido cruel y contradictoria con nosotros, lo único que yo he traído a la tuya: el amor, es hoy el mismo de siempre, fiel, fanático, lleno de ternura, ajeno a todas las tormentas que ha provocado.

MARCIAL. – (**Tras breve y dolorido silencio**). Tienes razón. Mejor hubiera sido callar, aceptar la vida como ella quiso ser desde un principio, esconder nuestros sueños en el fondo del alma.... ¡Somos tan pequeños para defenderlos!... ¡Tan poquita cosa!

LUZ. – Tú no piensas en mí, sino en tus sueños,... siempre la soberbia... Para mí no hay una sola palabra... Soy en tu vida lo secundario... Viniste a mí, no porque me quisieras de verdad, sino porque creíste que yo sería el eco de todas tus aspiraciones...

MARCIAL. – ¿Por qué no viste la verdad a tiempo? ¿Por qué no me dijiste: soy el amor ciego, irresponsable, extraño a todo otro sentimiento, a toda otra inquietud?

(**Las detonaciones se acercan... Los gritos de la multitud van haciéndose inteligibles**).

VOCES. – ¡No!

VOCES. – ¡No!. ¡No!

VOCES. – ¡Muera el traidor!

VOCES. – ¡Fuego!

(**Descarga cerrada**).

VOCES. – ¡Viva la tradición!

VOCES. – ¡Viva la libertad!

(**Estruendo de revuelta armada a las puertas del palacio... Quejas de heridos**).

LUZ. – ¡Qué horror!

MARCIAL. – ¿Por qué no evitaste a tiempo todo ese horror?... ¿Te espantaba más aun la sinceridad.

LUZ. – (**Tirándole los brazos al cuello**)... Marcial: compadécete de mí... ¡No me trates tan cruelmente!

MARCIAL. – (**Rechazándola suavemente**). Suéltame.

LUZ. – (**Con un salto de pantera**). ¿Qué vas a hacer?

MARCIAL. – Quiero salir... Quiero presenciar,

LUZ. – ¡No, Marcial! ¡No corras ese peligro! Castígame de otra manera.

MARCIAL. – Es un deseo muy justo. Déjame ver cómo se despedaza por nuestra culpa este pobre pueblo, del cual creí ser guía... Deja que la naturaleza me dé una lección de humildad.

LUZ. – Marcial: ¡hazme caso! El corazón de una mujer no se equivoca.

MARCIAL. – Eso creía yo, al menos de ti... Pero no hay tal, Ahí está la obra de tus presentimientos, (**Va hacia el balcón de la izquierda, que se halla velado por una cortina roja**).

LUZ. – (**Interponiéndose**). ¡No, Marcial.... ¡No!... ¡Perdóname!

MARCIAL. – Es inútil que te opongas. Saldré.

LUZ. – ¡Te van a matar!

MARCIAL. – (**Sardónico**). ¿Matarme... . ¿Tú no me has dado muerte ya? ¿Cuál es la verdadera vida de un hombre?.... ¡Su fe en algo!... Yo creía en ti... Tu amor era mi fe... Por él desafié la adversidad, la envidia, la calumnia... Por él luché siempre... Por él vencí... Ahora ya no tengo nada en qué creer... nada... absolutamente nada.

LUZ. – Tú no piensas sino en tí, siempre en ti... ¡No me dejes sola, no seas cruel!

MARCIAL. – (**Con solemne serenidad**). ¡Abre ese balcón!

LUZ. – (**Temblorosa, sobrecogida de espanto**). No...

MARCIAL. – ¡Ábrelo!

LUZ. – Marcial: ¿cómo quieres que te pida perdón?

MARCIAL. – (**Fascinante, dominador**). ¡Te exijo que lo hagas! Tú habrás mandado en mi destino, pero harás ahora mi voluntad... ¡Ábrelo!... ¡Sin una palabra mas. ! ! ¡Delante de mí!... Así es como has debido abrirle las puertas al enemigo.

LUZ. – (*Dominada por Marcial, fascinada por el mismo terror, va abriendo lentamente las hojas del balcón, por el que se siente entrar un frío de tumba., Los gritos y disparos se recrudecen. El telón va cayendo a medida que la puerta se abre y El Iluminado avanza lenta y fatalmente al sacrificio*).

FIN